

La M

Ma

Ma



10 cts.

EL AMA DE LA CASA

POR

Martínez Sierra

Núm. extraordinario

(c) Comunidad Autónoma de La Rioja

La Novela Corta

REVISTA SEMANAL LITERARIA

Fundador y Director: José de Urquía

COLABORADORES ÚNICOS

LOS INSIGNES NOVELISTAS Y DRAMATURGOS

Galdós.-Benavente.-Pardo Bazán.-Octavio Picón.-Eugenio Sellés.-Guimerá.
Valle Inclán.-Baroja.-Blasco Ibañez.-Alvarez Quintero.-Martínez Sierra.-Azo-
rín. Dicenta.-Linares Rivas.-Manuel Bueno.-Marquina.-Gómez Carrillo.-Ri-
cardo León.-Trigo.-Rusiñol.-Pompeyo Gener.-Unamuno.-Salvador Rueda.
Federico Oliver.

LOS PERIODISTAS ILUSTRES

Bonafoux.-Zamacois.-Cristóbal de Castro.-Parmeno.-Zozaya.-Pérez Zúñiga.
Colombine.-Francés.

POETAS Y PROSISTAS AMERICANOS

Santos Chocano.-Leopoldo Lugones.-Amado Nervo.-José Rodó.-Vargas Vila.

Y LOS JÓVENES MAESTROS

Prudencio Iglesias.-Pedro de Répide.--Villaespesa.--Alberto Insúa.--Emilio
Carrere.--Hoyos y Vinent. -Belda.--García Sanchíz.--Pérez Ayala --San José.

Administración: Calvo Asensio. 3-Madrid-Apartado 498-Teléf. 5224

El próximo sábado, CINTAS ROJAS, por José López Pinillos

Parmeno

En breve: LA TORRE SIN PUERTAS, por

Pedro de Répide

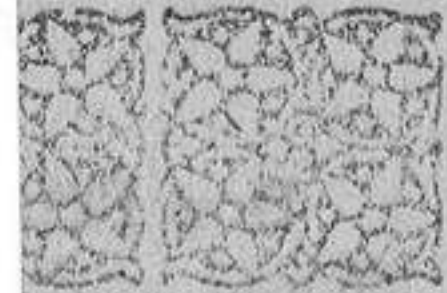
LA ÚLTIMA FADA, por la Condesa de

Pardo Bazán

EL TINTERO DE TALAVERA, por el Marqués de Gerona

Eugenio Sellés

Prohibida la reproducción del texto.

NO SE PRESTANO SE PRESTA

El ama de la casa

COMEDIA EN DOS ACTOS


ORIGINAL DE

Gregorio Martínez Sierra

PERSONAJES

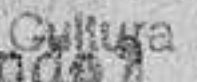
PERSONAJES.—CARLOTA (34 años).—GENOVEVA (45 ídem).—GLOBIA (18 ídem).—
LAURA (19 ídem).—FELIX (46 ídem).—RICARDO (30 ídem).—PEPE (26 ídem).—
PATRICIO (38 ídem).

ACTO PRIMERO

Despacho en una casa de la clase media. Los muebles son de buena calidad, pero todo está sucio y desordenado.  Gobierno de La Rioja

Al levantarse el telón, están en escena DON FELIX y PATRICIO.—PATRICIO está en Educación, Cultura y Deporte
pie. DON FELIX, sentado en el sofá, sostiene unos cuantos papeles, planes, proyectos, dibujos, que están empeñados en caerse a cada momento.

Dirección General de Cultura

DON FÉLIX. ¿De modo que el calentador se vende?  Biblioteca de La Rioja

Patricio. Se vende... es decir, se venderá... porque una cosa es que esté en las tiendas y otra que la gente lo compre...

DON FÉLIX. Lo comprará. Si representa una economía grandísima... de combustible, y luego la sencillez..., la facilidad para usarlo... en cualquier cocina... un niño lo maneja...

PATRICIO. Sí, la verdad es que es usted uno de los pocos inventores que inventan cosas que sirvan para algo. ¡Seremos ricos, D. Félix de mi alma!

DON FÉLIX. ¡Eso creo yo! *Distraídamente:* luego, como si volviese a la tierra. Hombre, lo que me choca es que en España haya dado tan poco la cafeterita, porque esa sí que es práctica. ¡Hasta las niñas de casa lo reconocen!

PATRICIO. Según a lo que usted llame tan poco.

DON FÉLIX. No se incomode usted. Ya sé que usted hace lo que puede...

PATRICIO. Más de lo que puedo... Ustedes los sabios no tienen idea de la realidad... inventar, inventar... un juego para ustedes, pero luego lo práctico, imponer el invento, correrle, hacer que lo acepten, primero el comercio y luego el público: el público es muy rutinario... y el comercio, más.

DON FÉLIX. Por supuesto... ya, ya... Si no fuera por usted... Y yo le estoy a usted agradecidísimo... Volviendo a su tema. Pero lo de la cafeterita me choca, me choca...

PATRICIO. ¿Y se puede saber por qué le choca a usted tanto?

DON FÉLIX. Le diré a usted: cuando se estaban construyendo las primeras, las vió un amigo mío... un alemán... que también se dedica a estos trabajos... ¡Pero él tiene la suerte de ser rico, y no tiene que andar malgastando la ciencia en estas niñerías que dan de comer! Ese inventa, en grande, amigo, cosas de trascendencia para el porvenir... En fin, si ganamos dinero con el calentador, puede que yo también consiga un poco de tiempo libre para consagrarme a mi sueño dorado. ¡Ah, la fuerza de las mareas que lleva tantos siglos de perderse!... Y el carbón se acaba, se acaba...; de alguna parte hay que sacar lo que él nos viene dando. ¡Las mareas!... Calcule usted lo que se puede hacer con esa enorme fuente de energía... Claro que hay mucha gente que se ocupa de ello... las ideas no son de nadie y son de todos; pero las aplicaciones que yo puedo encontrar son peculiarísimas. ¡Ay, amigo, si yo le explicara a usted!...

PATRICIO. Bueno; pero el alemán y la cafetera...

DON FÉLIX. Ah, sí... usted perdone... Pues, cuando la vió, me dijo que por qué no enviaba un modelo a Alemania a unas cuantas casas que él me recomendó como seguras...

PATRICIO. ¿Y usted la envió?... Con alarma.

DON FÉLIX. Y la recibieron muy bien... y firmé los contratos...

PATRICIO. Sin consultar conmigo...

DON FÉLIX. Usted bastante trabajo tiene con ocuparse del mercado de España y de América. ¿A qué le iba a dar a usted un cuidado que por casualidad podía tomarme yo?

PATRICIO. ¡Usted acabará en San Bernardino!

DON FÉLIX. ¡No lo crea usted! Si ayer me han enviado dos mil marcos, ¡ya ve usted, sin pedirlos!, de la primera liquidación... y me piden modelo de la parrilla y del recogedor automático; por eso digo que me choca que aquí, con el tiempo que llevamos explotando la cafeterita, no haya dado más que... sí... doscientas pesetas...

PATRICIO. No, cuatrocientas...

DON FÉLIX. Me parece que no he recibido más que doscientas...

PATRICIO. Porque las demás se las han llevado los gastos... ¡Este país es una ladronera! No sabe usted lo que he tenido que gastar para apresurar lo de las patentes... por cierto que si tiene usted ahí... cincuenta duros, démelos usted, porque en el taller hay que pagar una partida... hulla para la forja...

DON FÉLIX. Pero ¿no cobra usted las liquidaciones de la parrilla?

PATRICIO. ¿Liquidaciones? ¡Usted vive en las nubes! ¿Con qué cree usted que pago los jornales?

DON FÉLIX. No se enfade usted... Saca la cartera. Vaya, tome usted... Pues no tengo bastante... ¡nada, que no hay más que uno de cincuenta, y tres de veinticinco!... Pues creí que tenía otro de ciento... ¡Me lo habrán cogido las niñas!

PATRICIO. Deme usted lo que haya, hombre, deme usted lo que haya. Yo me las arreglaré. ¡Cuando digo que vive usted en el limbo!

CARLOTA. *Asomándose la cabeza por la cortina.* Adiós, Félix: salgo un momento... a hacer unas compras, pero vengo en seguida.

DON FÉLIX. Adiós, Carlota... *Es mujer... Frotándose las manos.*

PATRICIO. Ya está usted buen punto: casarse a sus años en segundas nupcias con una buena moza...

DON FÉLIX. Hombre, es viuda...

PATRICIO. Pues ya se puede usted dar prisa a inventar, porque ahora se le aumentará a usted la familia.

DON FÉLIX. *Contemplándose.* No es verosímil... Yo estoy muy echado a perder... Pero es muy guapa... y muy buena mujer, y ha luchado con la vida más que un hombre... Le digo a usted que más que un hombre...

PATRICIO. Vaya, pues que sea enhorabuena... Yo me marcho...

DON FÉLIX. A ver si activa usted eso de los calentadores...

PATRICIO. Y a ver si sigue firmando tratos con el extranjero por su cuenta y razón para que le engañen a usted como a un chino. Buenos días. *sale.*

DON FÉLIX. Es buen chico, pero un poquitín cascarrabias. *Revolviendo sus papeles con gran satisfacción. Para colocarlos en su mesa quita todos los trastos que, bastante revueltos, hay encima de ella y los pone en una butaca. Pues, señor, esto marcha, esto marcha...*

Entra RICARDO: aspecto de infanta buenísimo.

RICARDO. Entrando. Buenos días, padre. Muy contento estás.

DON FÉLIX. ¿Tú no?

RICARDO. Por lo mediano.

DON FÉLIX. ¿No te da vergüenza, con veinte años que tienes y el sol que hace? Aprende de mí, que voy para cuarenta y siete...

RICARDO. Y te has casado hace ocho días. Tienes razón: eso es juventud.

DON FÉLIX. ¿Te molesta, hijo?

RICARDO. ¡A mí! Una mujer más ¿qué importa en una casa como ésta? *Mirando de un lado para otro.* ¿Has visto por casualidad un cepillo?

DON FÉLIX. No... Es decir... aquí había unos trastos... No sé. *se a revolver los trastos de la butaca.*

RICARDO. No te molestes... Es inútil... Estará en el sacco

de los garbanzos o en la jaula del loro... Compraré uno, por más que ya he comprado tres en lo que va de año.

DON FÉLIX. ¿Has mirado dentro del piano? Porque algunas veces... es inverosímil dónde va uno a encontrar lo que se pierde. En fin, todo se arreglará en cuanto tenga yo tiempo de inventar un clasificador automático que vuelva las cosas a su sitio.

RICARDO. Antes sería menester que hubiese un sitio para cada cosa.

DON FÉLIX. Hombre, eso mismo decía esta mañana mi... tu... en fin, Carlota.

RICARDO. Sí, Carlota... tu mujer, mi madrastra; no te ruborices para nombrarla; ya te digo que me parece muy natural que te hayas casado con ella.

DON FÉLIX. Es muy buena.

RICARDO. Parece.

DON FÉLIX. Y guapa.

RICARDO. No está mal.

DON FÉLIX. También tu pobre madre era muy buena, mucho, y muy bonita, como las niñas, por supuesto... Tan fina, tan graciosa... algo ¿cómo te diré yo? distraída. no, distraída no, soñadora, idealista: quiero decir que en esto de las cosas materiales... del orden de la casa... En fin, como las niñas.

RICARDO. ¡Ya, ya!

DON FÉLIX. No es que ahora le vaya yo a poner defectos. La quise, hijo, como sólo se quiere una vez en la vida, como querrás tú un día de éstos... Veinte años había yo cumplido cuando la conocí... los mismos que tú ahora... y nos casamos, y nacisteis vosotros... tú y las niñas, y vivimos siete años felices... sin encontrar nunca cosa en su sitio ¡eso sí! Verdad es que yo también soy algo distraído... Lo mejor de la vida, hijo mío... Parece mentira.

RICARDO. ¡Pobre mamá!

DON FÉLIX. Vosotros os habéis criado a la buena de Dios, aunque tu tía Genoveva se haya sacrificado por vosotros, según ella asegura... Pero una madre es una madre... es decir, debe serlo, porque yo tampoco recuerdo a la mía... Se murió al nacer yo. ¡Hay predestinaciones de familia! Una madre... ¡qué

cosa! Ahora que soy ya casi viejo, me doy cuenta de que siempre la he estado echando de menos. ¡Qué niñerías recuerda uno de golpe! Ya ves, cuando me enamoré yo de tu madre, en esas tonterías de novio, le decía: ¡mamá! Ninguno de sus hijos se lo llamásteis nunca, porque era más chiquilla que vosotros. La pobre se ponía a morir para echaros al mundo. Luego preguntaba: ¿Pero es verdad que estos hijos son míos.... En fin, ¿a qué te digo todo esto?... Chocheces... ¿Y en qué estás tú pensando, que me dejas hablar, hablar y no dices esta boca es mía?

RICARDO. No sé... En eso mismo... Yo no he tenido novia... todavía... porque estas niñas de Madrid son tan burlonas... y a mí me gustaría una que me escuchase mis simplezas sin reirse de mí, a quien yo le pudiera contar los desatinos... que no hago, que me aconsejara, que me animara, que me riñera, si a mano viene... y ahora que dices eso, pienso que esto que siempre me está haciendo falta puede que no sea cariño de novia, sino mimo de madre.

DON FÉLIX. ¡Yo poco he podido hacer por vosotros, hijo!

RICARDO. ¡No digas eso! ¿Qué hemos hecho nosotros por ti?

DON FÉLIX. Tienen razón las niñas. Siempre estoy en las nubes.

RICARDO. Ganándonos el pan.

DON FÉLIX. Pero en las nubes. ¡Estas pícaras invenciones! Y no creas, algunas veces, cuando he tenido media hora de más, me remordía un poco la conciencia, aunque yo ¿qué iba a hacer?... porque, ¿tú te has fijado?, esta casa no se parece a las demás.

RICARDO. Sí; aquí a todos, personas y trastos, nos falta algún tornillo: no hay silla ni mesa con sus patas cabales... Cinco relojes hay, y ni por casualidad tiene ninguno la hora justa.

DON FÉLIX. La hora justa... Ahora que me acuerdo... A las once tenía yo que estar en la Puerta del Sol... ¿Serán ya las once? Saca el reloj.

RICARDO. En éste de la chimenea van a dar las tres... pero no es posible... preguntaremos.

DON FÉLIX. Sí, hijo, sí... porque el mío se ha parado.

RICARDO. Desde la puerta. ¡Laura, Gloria!...

DON FÉLIX recoge sus papeles con cierta precipitación. Entra LAURA, muy empolvada, rizada y aun pintada, cursi, pero muy bonita.

LAURA. Entrando. ¿Llamabais?

RICARDO. ¿Sabes tú qué hora es?

LAURA. De fijo, no; porque al reloj del comedor se le ha roto la cuerda; pero digo yo que serán las once y media, porque se ha marchado el organillo de todas las mañanas.

DON FÉLIX. ¡Válgame Dios! Y el alemán que me estará esperando.

LAURA. Si quieres, bajaremos a preguntar a la portería.

DON FÉLIX. No, no... ¡Las once y media! ¿En qué se me ha ido a mí la mañana? Sale con sus papeles, y al salir deja caer algo.

LAURA. ¡Pues no llevas tú poca prisa!

RICARDO. Oye, Laura: ¿sabes de algún cepillo?

LAURA. ¿Tuyo?

RICARDO. O tuyo, da lo mismo... Si hicieras el favor de buscármelo... Oye, y de coserme este botón. Le saca del bolsillo, Aquí en el chaleco..., si no te molesta demasiado.

LAURA. ¡Buen humor tengo yo para botoncitos!

RICARDO. Pues, ¿qué te pasa?

LAURA. Lo mismo que a ti..., digo, me parece, que los dos somos hijos de la misma madre...

RICARDO. Te aseguro que a mí no me pasa nada.

LAURA. Porque los hombres no tenéis corazón. ¡Si la pobre mamá levantara la cabeza!

RICARDO. Se alegraría con toda su alma, al ver que al caer de los años le ha llegado un poco de alegría al hombre que la quiso tanto.

LAURA. ¿De modo que a ti te parece muy bien que tu padre te haya dado madrastra?

RICARDO. No me parece mal que se haya buscado un cariño, si le necesitaba.

LAURA. ¿No le bastaba con el nuestro?

RICARDO. Eso, allá él.

LAURA. No sé qué falta hacía una mujer en esta casa. Mira por el balcón y hace señas.

RICARDO. ¿A quién haces señas?

LAURA. A Pepe, que está de plantón en la esquina.

RICARDO. ¡¡A Pepe!! ¡¡¡Otra vez!!!

LAURA. Sí a Pepe... ¡Otra vez!!

RICARDO. Pero, ¿no era un teniente?...

LAURA. ¡Ay, hijo qué atrasado estás de noticias! Al teniente le di la absoluta hace lo menos... dos semanas. Era un golfo.

RICARDO. Y éste es un memo.

LAURA. ¿Porque me quiere?

RICARDO. Porque te aguanta.

LAURA. ¡A ver qué remedio le queda! Dice que está loco por mí, y ¡claro!, en cuanto ve el campo libre, vuelve.

RICARDO. ¿Y tú?

LAURA. Ya ves.

RICARDO. Pero, ¿la quieres?

LAURA. Claro que le quiero; si no, no le diría siempre que sí.

RICARDO. ¡Es que como a los otros también se lo dices!

LAURA. ¡A los otros! Cualquiera que te oyese creería que son una docena... Además, que es distinto... por pasar el rato. Jarabe de pico, balcón y santas pascuas. Y, después de todo, Pepe es el que sale ganando.

RICARDO. ¡Ah, sí!

LAURA. Naturalmente... Mira, ya van tres pruebas...: el teniente, porque ¿quién se queda tranquila sin haber tenido un novio teniente?; aquel Manolito que era periodista, porque la del segundo tuvo uno en Pozuelo, y estaba inaguantable de orgullosa con que si le hacía versos o no le hacía versos; el don Francisco, porque era un hombre serio... ya ves, cuarenta años, con aquella barba y aquel gabán de pieles, ¡y viudo! Por más que eso no es gracia, porque, como dice la tita Genoveva, todos lo son...

RICARDO. Calla, calla: ¡estás loca!

LAURA. Y que no da gusto ver a un señor formal haciendo el cadete en un día de lluvia... Bueno; pues con todo y con eso, a las tres semanas, ya estoy hasta aquí de novio nuevo, y entonces me convenzo de que mi Pepe de mi alma vale más que ninguno, ¡y más que todos juntos!, y de que le quiero a rabiar, de que hemos nacido el uno para el otro, y se lo digo, y se

pone tan hueco, y aquí no ha pasado nada. ¡Ay, rico de mi vida, si vales tú más oro que pesas!

RICARDO. Suerte que si tú estás locas, él es simple, porque si no, vaya un pie de paliza que te ibas a ganar en cualquier prueba de éstas. Sale.

LAURA. Paliza, ¡estás tú fresco! Mirando por el balcón. ¡Anda, y se ha marchado, así sin más ni más! ¡Menudo escándalo le armo esta noche!

Entra GLORIA, aun de corto, tan rizada y tan empolvada como su hermana; PEPE, detrás.

GLORIA. Buenos días; entra, hombre, entra. Aquí traigo a este náufrago. Mientras habla se quita el sombrero y le tira con los libros y el bolsillo sobre una silla; aunque algo caiga al suelo, ella no se molesta en recogerlo. Si no le llega a recoger, se tuesta en la esquina... ¡Jesús, qué tontos son los hombres! Tumbándose en la butaca y abanicándose. ¡Uf, qué calor! En clase sudábamos a chorros; parece un horno aquel Conservatorio. Saca un espejo de mano y se mira. ¡No lo dije! Se me corrió el color. Parezco un mapa. Busca el bolsillo sin levantarse, y sacando de él un estuchito con carmín y negro, se pinta los labios, las mejillas y los ojos muy deprisa.

LAURA. A Pepe, muy dominante. ¿Quién te ha mandado a ti subir?

GLORIA. Sin volver la cabeza. Yo. ¿No lo has oído?

PEPE. Mujer, no te enfades. Todos los días subo; no sé qué tiene de particular.

LAURA. Pues a ver si te encuentra mi madrastra, y te pone de patitas en la calle.

PEPE. Pero ¿ha venido ya?

GLORIA. Que sigue pintándose. Sí, hijo, sí; anoche, anoche llegaron del viaje de novios. Hasta Aranjuez han ido como unos valientes.

LAURA. Y que debe traer el alma mía unas ganas de mandar que asustan. De madrugada se han levantado para tener más tiempo de dar órdenes.

GLORIA. Pues conmigo se luce. A nosotras nos hará desgraciadas; pero ella tampoco va a ser muy feliz que digamos. Lo que es eso corre de mi cuenta.

LAURA. Y de la mía; pero no sé qué vamos a hacer.

GLORIA. Tú lo de siempre; no hacer nada desde que te levantas hasta que te acuestas.

LAURA. ¡Habla tú, que eres tan hacendosa!

PEPE. No disputéis por eso. Puede que no sea mala.

LAURA. ¡No hay madrastra buena!

GLORIA. Y viuda, por si le faltaba algo.

LAURA. Ahora ya no le falta nada.

GLORIA. Ni a nosotras tampoco. Ahora, ¡naturalmente!, todos seremos pocos para servirla, y luego tendrá un niño, o dos, o tres, o media docena, y habrá que dormirselos, y que paseárselos, y que limpiarles las velitas. ¡Angeles de Dios, que idilio va a ser esta casa!

PEPE. Pero antes de casarse, ¿no era amiga vuestra?

LAURA. Naturalmente, porque le convenía para engatusar a este pobre señor que está en Babia. ¡Bien tontas hemos sido!

GLORIA. Y como los hombres todos sois iguales de primos y no sabéis vivir sin unas faldas al retortero...

PEPE. Mejor para vosotras las mujeres.

GLORIA. ¡Lo que es para mí!

PEPE. Ya me lo dirás dentro de un par de años.

GLORIA. Ni de un par de siglos. No soy yo como esta infeliz, que no va a servir en este mundo más que para mujer casada.

LAURA. ¡Oye, tú!

GLORIA. Levantándose. Yo, a Dios gracias, me pienso bastar a mí misma, y ninguna falta me ha de hacer un hombre para vivir decentemente. El arte me redimirá de la esclavitud. ¡Libre como el pájaro.

Declamando.

Más precia el ruiseñor su pobre nido
de barro y leves plumas, más sus quejas
en el bosque apartado y escondido,
que halagar lisonjero las orejas
de algún príncipe insignne, aprisionado
tras el metal de las doradas rejas.

¡Eh! ¿qué tal? ¡Y que voy a quitar yo pocos moñes en cuanto salga a escena.

PEPE. ¡Te tendrás que subir en una silla!

GLORIA. Qué gracioso... Hasta la vista, niños...

LAURA. ¡No te vayas!

GLORIA. No, que me voy a estar aquí mirando cómo os arrulláis. Muchas gracias. Voy a ver si encuentro algo que comer, porque estas mañanitas de Mayo abren el apetito, y cuando no tiene una novio, con algo se ha de matar el hambre. ¡Que aproveche! Sala.

PEPE. ¿Por qué no saliste anoche al balcón?

LAURA. Porque se levantó un viento muy frío.

PEPE. Pues en la esquina me tuviste dos horas... Y esta mañana, ¿cómo no has bajado con la Engracia a la compra?

LAURA. Porque se me pegaron las sábanas, hijo. Dicen que las mañanitas de Abril son dulces de dormir; pero no digamos las de Mayo...

PEPE. ¡Ay, Laura, no me quieres!

LAURA. ¡Anda que no! Toda la noche me la he pasado soñando contigo.

PEPE. ¡De veras! ¿Qué soñabas?

LAURA. Cosas tristes! Que me casaba con un tenor. ¡Chico, qué guapo era! Y que luego venías tú, y me daba muchísima rabia, porque resultaba que te quería a ti más que a él, y ya no tenía remedio.

PEPE. ¡Válgame Dios!

LAURA. ¿Por qué suspiras?

PEPE. Porque hasta para soñar conmigo necesitas haber querido a otro.

LAURA. No te he dicho que le quería, sino que me casaba con él.

PEPE. Peor que peor.

LAURA. Tú no te apures, que aunque me casara con el zar de Rusia, ¡y no me he de casar más que contigo!, siempre te querría a ti más que a nadie.

PEPE. Algo es algo.

LAURA. ¡Pero sí que es lástima que no seas tenor, o torero, o domador de leones! Cualquier cosa así muy romántica, ¡el héroe de Cascorro o Raffles, por ejemplo! ¡Mira que no haberte tocado ir a la guerra! O si fueras un moro, aunque fuese de los

de la Embajada, y te enamorasas de mí, y me robaras en un caballo blanco..., o un conspirador, y tuvieses que venir a verme por un subterráneo...

PEPE. No necesito ser nada de eso para haberme enamorado de ti, como un asno, y aunque a ti te parezca que no, más valor que para ir a la guerra necesita un hombre para pasar por tonto sin serlo, y eso lo estoy haciendo yo por tu cariño, desde que te conozco.

LAURA. ¡Quéjate!

PEPE. No me quejo, porque te quiero. Pero a Diego Corrientes le daba yo esto de quererte ¡no sabes tú cómo!, y aguantar hoy a un militarcito y mañana a un paisano, y no romperos el bautismo a ellos y a ti, ¡que buenas ganas se me pasan!

LAURA. Muy ilusionada. ¿Y por qué no lo haces?

PEPE. Porque no... En fin, no hablemos de eso. Ahora, ¿me quieres o no?

LAURA. Ahora y siempre.

PEPE. ¿A mí solo?

LAURA. A ti solo.

PEPE. Pues, ¡bendito sea Dios! Mi padre me ha dicho que la tienda sube que es un primor, y que si sigue así y yo trabajando, para Octubre me da parte en el negocio, y establece una sucursal, y me pone a mí al frente, y nos casamos, ¡y cualquiera nos tose vendiendo té, café, chocolate, azúcar y bombones en paz y en gracia de Dios! Sacando un paquetito del bolsillo. Por cierto que aquí tienes tu paquetito de todos los días.

LAURA. Muchas gracias.

PEPE. Son de los especiales.

LAURA. ¿Qué quiere decir eso?

PEPE. Que cuestan más caros.

LAURA. Pues hoy no tengo suelto.

PEPE. Siquiera en los hoyitos de la mano derecha.

LAURA. No.

PEPE. En los de la izquierda.

LAURA. ¡Ay, hijo, qué cara de mendigo pones! *le da la mano y él se la besa una porción de veces.*

PEPE. ¡Saben a piña, a plátano, a fresa, a flor de azahar!...

LAURA. ¡Bueno, basta, que viene la tía Genoveva! *Entra la*

tita GENOVEVA: de bata, pero peinada ~~de peinadas~~ y tan empolvada como las niñas.
Antes de entrar tose para avisar que llega.

GENOVEVA. ¡Ejem, ejem!

LAURA. Ay, tita, me pones nerviosa con eso de toser antes de entrar en las habitaciones. ¿Qué te figuras que está pasando?

GENOVEVA. Nada, hija mía, nada; no te sofoques tú. Yo me entiendo. A Pepe, con complicidad a que él no corresponda. ¡Y usted me entiende! Buenos días.

PEPE. Muy buenos. Usted hecha una rosa, como de costumbre.

GENOVEVA. ¡De otoño, hijo, de otoño!

LAURA. Riéndose. El veranillo de San Martín.

GENOVEVA. ¡Ríete, riete, que todo llega! Aunque a los veintefe años parezca imposible, se cumplen los treinta, hija mía, se cumplen los treinta, y adiós juventud. A Pepe. Yo he sacrificado la mía por estas niñas: desde que falleció su pobrecita madre, aquí me tiene usted al pie del cañón, desdeñándolo todo: amores, ilusiones, esperanzas, y no es por alabarme, pero ¡qué hubiera sido de esta casa sin mí, en manos de un hombre y de tres criaturas!

PEPE. No habie usted ahora de cosas tristes.

GENOVEVA. Es que hoy es día de tribulación. ¡Fobré hermana mía! Tan fina, tan señora, tan educada, porque eso es lo esencial, créame usted, y ver que entra a usurpar su puesto una mujer... Delante de estas niñas, naturalmente, no se pueden decir ciertas cosas, pero usted me entiende. Una mujer de ahora, de estas que se ganan la vida... llevando la contabilidad en un escritorio. ¡Como si una mujer decente tuviera obligación de ganarse la vida! La mujer, en casita, en casita... pero los hombres, claro, ¡usted me entiende! Y este cuñado mío, como todos. Ella tendrá su labia... siempre metida entre ellos. En fin, yo, pase lo que pase, me pienso retirar dignamente, porque en mi habitación soy la reina, y que se hunda el mundo; por las niñas, lo siento, que están acostumbradas a otra cosa, pero quien manda, manda... y usted ya me entiende.

PEPE. ¡Ni palabra!

GLOBIA. Entrando precipitadamente. ¡Ya viene, ya viene!

PEPE. ¿Quién?

GLORIA. ¡Quién ha de ser! ¡Ella! De un coche se ha bajado a la puerta... Ahora están descargando no sé cuántos paquetes.

GENOVEVA. ¡En coche, naturalmente, en coche!

LAURA. A Pepa. ¡Márchate!

PEPE. ¿No te parece que sería mejor que me esperase aquí y la saludara y le pidiera permiso para seguir viniendo?

LAURA. ¡Permiso a ella! ¡Márchate ahora mismo!

PEPE. Me la voy a encontrar en la escalera.

LAURA. ¡Pues no la saludas, y andando!

PEPE. Pero si me conoce, y está harta de saber que somos novios.

LAURA. Pues no la saludas, y márchate ahora mismo.

PEPE. Como quieras. Sale humildemente.

GENOVEVA. A este pobre joven le estás volviendo tonto.

LAURA. ¡Mejor para mí! Se oye dentro la voz de CARLOTA

CARLOTA. Dentro. No, déjelo usted ahí... muchas gracias...

ahora lo arreglaré yo. Entra. Es una mujer de treinta y cinco años, muy viva y muy ascafa. Viene de mantilla y traje castre con falda corta. Trae unos cuantos paquetes ¡Ah! Buenos días, niñas; en la mano, y antes de dejarlos saluda muy acurientá. buenos días, doña Genoveva.

GENOVEVA. Secamente. Buenos días.

LAURA. Secamente. Muy buenos. Gloria no saluda y dando media vuelta, se pone a mirar por el balcón.

CARLOTA. Me alegro de encontrarlas a todas juntas, ya que esta mañana no pude darles los buenos días. Estuve esperando para desayunar hasta que la muchacha me dijo que desayunaban ustedes en su cuarto.

LAURA. Sí, tenemos esa costumbre.

GENOVEVA. Que a usted seguramente la parecerá mal.

CARLOTA. ¿A mí, por qué?

GLORIA. Interveniendo de pronto. Porque como es usted tan madrugadora...

CARLOTA. Eso va en gustos y cada uno el suyo: no lo decía por eso; pero como anoche cuando llegamos ya estaban ustedes todas recogidas y no las pude ver, tenía deseos de que hablásemos.

GENOVEVA. Nosotras no tenemos nada que decirle a usted.

CARLOTA. Pero yo sí tengo que decirles a ustedes.

GENOVEVA. ¿También a mí?

CARLOTA. A todas, puesto que todas hemos de vivir juntas.

GENOVEVA. Usted perdona: juntas es mucho decir: bajo el mismo techo, sería suficiente.

CARLOTA. Sonriendo. Doña Genoveva, por Dios.

GENOVEVA. ¡Y por la Virgen, doña Carlota!

CARLOTA. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué respeto! ¡Doña Carlota! ¡No soy tan vieja!

GENOVEVA. Por lo visto, yo sí.

CARLOTA. ¡Ave María! Es que yo la he llamado a usted así siempre. Pero si usted no quiere... usted dirá. ¿Prefiere usted que le diga como las niñas: tita Genoveva? Por mí... no me atrevía tan pronto, pero con mucho gusto.

GENOVEVA. No necesita usted atreverse: hemos de tropezar nos tan pocas veces, que la cuestión de tratamiento es lo de menos.

CARLOTA. ¡Ah!

GENOVEVA. Usted permitirá que me retire. Lo que usted tenga que decir a estas pobres niñas no podría menos de herir mis sentimientos; yo no puedo olvidar que soy hermana de aquella cuya santa memoria viene usted a agraviar... Buenos días. Sale dignamente.

CARLOTA. Mirándola marchar con asombro. Muy buenos... Pobre señora: está de aquí. Volviéndose a las niñas. Se figura que yo... Pero vosotras me conocéis de sobra... siempre hemos sido amigas, y seguiremos siéndolo, ¿verdad? Eso es lo que quería aseguraros y pedir os ¡de todo corazón! No creáis que he venido a esta casa a cambiar nada, a atormentar a nadie; he venido por el cariño que tengo a vuestro padre...

LAURA. ¡Ya, ya!

GLORIA. ¡Se comprende!

CARLOTA. Es tan buena, tan bueno y os quiere tanto a todas... Yo también. Vamos a reunirnos para hacerle feliz. Vosotras me ayudaréis, ¿verdad? Seremos como hermanas. Se detiene esperando que hablen.

GLORIA. Después de una pausa ligera. Hasta ahora no ha necesitado mi padre que nadie de fuera de su casa se ocupe de su felicidad.

LAURA. Ni a nosotras tampoco nos hacen falta hermandades de nadie.

CARLOTA. Pero...

LAURA. Usted querrá mandar, naturalmente.

GLORIA. Y mi padre, ¡es claro!, siempre le ha de dar a usted la razón.

CARLOTA. Pero ¿por qué me llamáis de usted ahora?

GLORIA. ¡Respeto!

LAURA. Sí, eso debe de ser.

CARLOTA. No necesito que me respetéis, con que me queráis, basta.

GLORIA. Eso va a ser un poco más difícil.

CARLOTA. ¿Por qué?

GLORIA. Porque no se hacen cariños de encargo.

CARLOTA. Pero es que yo...

GLORIA. Sí, sí; tú nos adoras... por sabido se calla, como que no podías vivir sin nosotras, y por eso te has dado tanta prisa a emparentar; pero, hija, hay parentescos que el demonio los urde, ya lo dice el refrán: ¡«Madrastra, el diablo la arrastra!»

CARLOTA. ¡Madrastra yo para vosotras!

GLORIA. A ver, las cosas no tienen más que un nombre.

CARLOTA. Hijas: os aseguro que traigo la mejor intención...

LAURA. De buenas intenciones dice que está empedrado el infierno.

CARLOTA. Está bien. Con ira contenida.

GLORIA. Vámonos, Laura. Coge a su hermana del brazo y va a salir. Su padre, que ha entrado hace un momento, y está escuchándolas, les sale al paso; ella, al verle, sin detenerse, dice: ¡Ah, estabas tú aquí! ¡Felicidades! Sale arrastrando a Laura.

DON FÉLIX. Pero... ¿dónde váis? ¿Estáis locas?

CARLOTA. ¡Está muy bien! Sin saber lo que hace, recoge los trastos que hay en el suelo y en la butaca y los arregla encima de la mesa. ¡Está muy bien!

DON FÉLIX. ¡Laura, Gloria! Venid aquí ahora mismo. Se oye un portazo dentro. ¡Se han marchado! Con desolación.

CARLOTA. Que ya se ha serenado y que durante casi toda la escena sigue poniendo en orden los trastos de la habitación, de modo que al terminar tenga un aspecto de arreglo. Déjalas, hombre, déjalas!

DON FÉLIX. Con furia de hombre pacífico. Es que quiero...

CARLOTA. ¿Que vengan a pedirme perdón?

CARLOTA. Aún no han tenido tiempo de arrepentirse... ¡

Además, la ofensa no ha sido tan grande. Yo hubiera hecho lo mismo en su caso... No tiene nada de particular.

DON FÉLIX. Ah, ¿tú crees?

CARLOTA. Arreglándole la corbata al acercarse a él. Lo extraño hubiera sido que me recibieran con los brazos abiertos. Tienen razón hasta cierto punto. Yo vengo aquí a ocupar el puesto de su madre...

DON FÉLIX. ¡Pero no se pueden ni acordar de ella! Cuatro años tenía la mayor y la otra era de pecho cuando se les murió.

CARLOTA. Ea, ea, los hombres no entendéis de estas cosas. Déjame a mí.

DON FÉLIX. Es que están muy mal educadas. Con desolación.

CARLOTA. ¡Bah, como todo el mundo!

DON FÉLIX. Peor, mucho peor..., es decir, mal educadas, no..., sin educar. Yo no he podido ocuparme de ellas..., su tía Genoveva dice que se ha ocupado, ¡pero ya ves! están acostumbradas a hacer siempre su gusto, y lo malo es que querrán seguir haciéndole.

CARLOTA. Es posible.

DON FÉLIX. ¡Ay, Carlota! ¿Tú sabes lo que has hecho causándote conmigo?

CARLOTA. Probablemente mi felicidad... y hasta la tuya, si a mano viene.

DON FÉLIX. La mía, de seguro: con tenerte a mi lado..., con verte sonreír. No sé cómo decirte que te quiero. A mis años sería ridículo hablar de exaltaciones, de arrebatos. ¡Además, puede que no fuese verdad! Pero sí te aseguro que te empecé a querer, sin darme cuenta de ello, por esa sonrisa que tienes. ¡Parece, ya ves qué tontería, que le pone a uno en orden por fuera y por dentro! Es una cosa clara como el sol y al mismo tiempo matemática. Como la ordenación para un problema o la clave para un escrito en cifra. De repente. No entiendes lo que digo, ¿verdad?

CARLOTA. Entiendo lo que quieres decir, y da lo mismo.

DON FÉLIX. Tiene uno en la cabeza tantos laberintos, y la vida es tan enmarañada y tan incomprensible, ¿no te parece a ti? Pues cuando tú sonríes, el laberinto se hace camino real.

la maraña se desenreda sola, y todos los problemas parecen tan sencillos. Ella se ríe. ¿De qué te ríes?

CARLOTA. De que eres el hombre más bueno del mundo.

DON FÉLIX. ¿Estás segura?

CARLOTA. ¿No lo estás tú?

DON FÉLIX. Sonriendo. Verás, nunca he tenido tiempo para ser lo que se dice malo; pero ahora que me fijo... sí me remuerde un poco la conciencia. Ogiéndola la mano.

CARLOTA. ¿Confesión general? sonriendo.

DON FÉLIX. He sido cobarde..., no me cabe duda... Ahora lo veo claro..., muy cobarde... Perdóname. Yo estaba acostumbrado a vivir solo... Bueno, cuando te digo acostumbrado, quiero decir que estoy viviendo solo hace mucho tiempo, porque acostumbrarme, lo que se dice acostumbrarme, no me he acostumbrado nunca del todo..., si acaso resignarme..., no, tampoco. No soy hombre yo de resignaciones. Lo que es que muchas veces, ocupado en mis cosas, no me acordaba de ello, volviendo a pararse de pronto. Te aburro, ¿verdad?

CARLOTA. No, hombre, no; continúa.

DON FÉLIX. ¿No te has fijado tú en que hasta los sitios, las habitaciones, las paredes, digámoslo así, tienen para nosotros simpatía o antipatía..., no sé cómo explicarte, en fin, que en unos sitios es fácil trabajar y en otros imposible?

CARLOTA. Claro que sí: hay paredes que hacen compañía.

DON FÉLIX. ¡Como las de tu casa! La primera vez que entré en ella, me pareció que acababa de encontrar mi lugar de descanso, es decir, de trabajo. Aquí por casa siempre ando con los papeles en la mano, tengo miedo de que se me pierdan, y allí, los hubiera dejado en cualquier parte. Por eso te iba a ver tan a menudo. Pero resultó luego que la casa eras tú; es decir, que donde tú estás, están definitivamente esas paredes que a mí me hacen falta, y por eso conozco que te quiero más que a nadie ni a nada en el mundo.

CARLOTA. ¡Félix!

DON FÉLIX. Ya sé que eso es poco, que los demás hombres querrán de otra manera, que las mujeres soñaréis otras cosas...; pero tú me quieres como soy, ¿verdad?

CARLOTA. ¡Te quiero porque eres como eres!

DON FÉLIX. ¡No, Carlota!

CARLOTA. Sí, Félix; porque eres bueno, porque eres justo, porque dices siempre la verdad, porque parece que acabas de nacer, porque tienes un ideal, un sueño, una esperanza. ¡Tú sabes lo que es eso?

DON FÉLIX. De modo que, de veras, no te pesa haberte casado conmigo.

CARLOTA. ¿Por qué me ha de pesar?

DON FÉLIX. Por lo que te he dicho antes.

CARLOTA. Antes... Ah, sí..., pues no me has dicho nada.

DON FÉLIX. Es verdad... ¿Lo oyes? Se me va el santo al cielo. Te quería decir que he sido muy cobarde trayéndote a esta casa, que no he pensado más que en mí mismo. Que mi felicidad me pareció una cosa tan única, tan natural, y al mismo no hubiera debido pensar sólo en mí.

CARLOTA. ¿Es decir; que a ti es a quien te pesa que yo haya venido?

DON FÉLIX. Pensándolo bien, sí.

CARLOTA. Con tristeza. Por tus hijas..., tienes razón.

DON FÉLIX. ¿Por ellas? ¡No, por cierto! Por ti. Ya ves cómo lo toman. Yo pensé que se alegrarían..., érais amigas..., creí que te querían, con desolación. Y ahora resulta que no te quieren.

CARLOTA. ¿Eso es lo que te apura?

DON FÉLIX. ¿Tú sabes la vida que vas a llevar en esta casa?

CARLOTA. Si supieras tú la que he llevado siempre. Tú dices que has vivido mucho tiempo solo: yo... no sé qué te diga. Mi padre se murió estando yo poco más que en mantillas: nos dejó sin un real. Mi madre, que era una señorita, se tuvo que poner a bordar, porque para otra cosa no servía. A mí me metió en un colegio-asilo de esos de huérfanas. Sí que eran buenas las hermanitas; pero un convento no es una casa, y yo tengo metida en la cabeza desde que soy así el ansia de una casa mía; pero mía de veras, y el convento es de todos. En doce años que estuve no pude acostumbrarme al dormitorio con las camas en fila: así es que, en cuanto fui mujer, convencí a mi madre de que me sacara, y pusimos una casa de huéspedes, ¡esa era otra! Con lo aprovechados que son los hombres, y como dicen que

no hay quince años feos, ¡la mano me dolía de dar bofetadas! Pero, en fin, las paredes eran mías y yo estaba contenta. Pues a los dos años se muere mi madre; ¿y qué hago yo? Hijo, he sido de todo: planchadora, modista de sombreros, sastra, telefonista, ¡hasta doncella en una casa grande! Por fin, entré como encargada interna en un almacén de ropa fina, y allí me casé, que más me valía no haberme casado, porque mi marido, bueno, se murió. ¡Dios le haya perdonado!, es lo único bueno que hizo en este mundo. ¡Encontré ese empleo en el escritorio, alquilé este cuartito, y al cabo de cinco años de vivir como un hongo, te conocí y te quise, y aquí estamos!

DON FÉLIX. Y aquí vas a seguir pasándolo muy mal.

CARLOTA. No lo creas. ¿Sabes lo que es dormirse y no pensar «de dónde sacaré el pan de mañana»? ¿Lo que es abrir los ojos, y no tenerle miedo a lo que traiga la luz del día? ¿Lo que es el despertarse a media noche y sentir que hay al lado una persona honrada que ha de mirar por una y que la quiere? ¿Vivir en una casa, pero casa de veras, de familia, desde hace muchos años, con padre, con hijos, con responsabilidad?...

DON FÉLIX. ¡Pero tú siempre estabas tan contenta!...

CARLOTA. ¡No me faltaba más que desesperarme! ¡Pero te aseguro que hay días! Suerte que una se duerme por la noche, y a la mañana cuando se despierta, como si amaneciera dentro de una: parece que la vida también se ha lavado la cara.

DON FÉLIX. Eso es porque eres fuerte y estás bien de salud.

CARLOTA. Sí que es verdad: salud y conformidad no me han faltado nunca.

DON FÉLIX. En cambio a mí muchas mañanas me dan vértigos.

CARLOTA. Porque te estás leyendo hasta las mil y una? Desde hoy, en cuanto cenes, a dar un paseito, luego a la cama... a oscuras, para que no te dé tentación de leer: con la luz del farol de la esquina tienes bastante para desnudarte, y a la mañana te despierto yo con una taza de café bien cargado, y verás qué cabeza más despejada.

DON FÉLIX. Sí que puede que tengas razón.

CARLOTA. Esta tarde te tienes que ir a cortar el pelo. Acércate a la mesa. Mira, aquí te he traído media docena de corbatas.

DON FÉLIX. Con asombro. ¿Biancas?

CARLOTA. Para lavarlas todos los días.

DON FÉLIX. Sí que es una idea.

CARLOTA. Desatando otro paquete. Y cuello y puños, que he visto que están todos con unos flecos... El los examina con gozo de niño. Y calcetines.

DON FÉLIX. ¡De seda! Tomándolos.

CARLOTA. No, de hilo, pero finos; ya viene el verano, y todos los que tienes son de un dedo de gordo.

DON FÉLIX. Mirándola como a un ser sobrenatural. Pero piensas en todo. ¡Eres una mujer extraordinaria!

CARLOTA. ¡Ja, ja, ja! ¿Eso te asombra?

DON FÉLIX. Y muy buena.

CARLOTA. Se hace lo que se puede.

DON FÉLIX. ¡Y bonita!

CARLOTA. Lo justo para no asustar.

DON FÉLIX. No, no, muy bonita; pero no vayas a creer que te quiero por eso: te quiero...

CARLOTA. Te quiero porque te quiero, como dice el cantar: esa es la única razón; lo que es que es uno tan orgulloso, que para quedar bien consigo mismo siempre se empeña uno en que quiere por algo.

DON FÉLIX. ¡Y además tienes mucho talento!

CARLOTA. ¡Ja, ja, ja! No lo sabes tú bien. Pero anda a cepillarte un poco, antes de comer, que a la mesa hay que sentarse arregladito.

DON FÉLIX. ¿Vienes tú?

CARLOTA. Sí, ahora mismo, voy a recoger esto. Viendo que coge atropelladamente las corbatas, los cuellos y los calcetines, arrugándolos todo. ¿Qué haces?

DON FÉLIX. Llevarme lo mío.

CARLOTA. Deja, deja, ya lo llevaré yo. [Ja, ja, ja]

DON FÉLIX. Como quieras... Sale muy satisfecho.

Ella va colocando los paquetes, y sacando de la bolsa de piel un cuadernillo y un lápiz, apunta a medida que los coloca.

CARLOTA. Corbatas, 18...; cuellos y puños, 20...; calcetines... Entra RICARDO, con el sombrero puesto y un libro debajo del brazo, como para ir a la calle; al verle, se detiene un momento, le saluda y se dispone a seguir.

RICARDO. Buenos días.

CARLOTA. Muy buenos. *Dándose cuenta de que se va.* ¿Se marcha usted a la calle?

RICARDO. Sí, señora; a la calle. ¿Quería usted algo?

CARLOTA. ¿Sin comer?

RICARDO. Es lo mismo; comeré en el café.

CARLOTA. ¿En el café?

RICARDO. O en una tabernita, ahí a la vuelta. No guisan mal del todo.

CARLOTA. Ya entiendo... no quiere usted comer en casa... porque estoy yo aquí. *El la mira con asombro.* Usted, como las niñas, pensará que he venido con malas intenciones, a usurpar un puesto que no me corresponde... ¡Todo sea por Dios!

RICARDO. ¿Yo? No, señora. No se disguste usted... si no es por eso. Precisamente, a mi padre se lo estaba diciendo, es usted muy simpática.

CARLOTA. *Sonriendo.* Gracias.

RICARDO. No las merece; es la verdad.

CARLOTA. Entonces, ¿por qué se marcha usted si no es indiscreción preguntarlo?

RICARDO. ¡Qué ha de ser! No, señora. Me marché porque tengo una clase a las dos y media, y si espero a comer aquí, no llego a tiempo.

CARLOTA. ¿Cómo que no? si se come a la una.

RICARDO. Eso creerá usted. ¡Ya se conoce que es el primer día que está usted con nosotros! Aquí no sabe nunca nadie a qué hora va a estar la comida.

CARLOTA. Le aseguro yo a usted que a la una comemos. ¡Lo mismo que si necesitara usted comer antes! Con decírmelo a mí por la mañana... Si es por eso, se puede usted quedar.

RICARDO. *Dadando aún, pero dejando el sombrero.* Cuando usted lo dice...

CARLOTA. ¡No faltaría más! Teniendo usted su casa y su padre y su... bueno, teniéndome a mí, se iba usted a ir a comer a la taberna... Digo, si a usted le gusta más...

RICARDO. *Dejando el libro.* No, señora.

CARLOTA. ¿Estudia usted carrera?

RICARDO. Carrera, lo que se dice carrera, no. Cuatro cosas ahí en la Escuela de Artes e Industrias. Como cuando uno es

chico es holgazán, y yo he hecho siempre mi voluntad, resulta que ahora no tengo el grado de bachiller, y cualquiera lo estudia. No es por estudiar, que ahora sí que me gusta; pero tengo veinte años, y por mucha prisa que me diera con él, lo menos otros cuatro... No crea usted que donde voy tampoco se aprende cosa de provecho. ¡Si pudiera uno ir al extranjero, donde dicen que enseñan de veras!

CARLOTA. ¿A usted le gustaría marcharse?

RICARDO. Sí, señora; a Bélgica o a Suiza. No crea usted, una vez ya estuve a punto de irme, y hasta escribí una carta por un anuncio de una escuela que vino en el periódico; pero hacen falta tantas cosas para echar a andar... Y luego, se va usted a reír de mí, yo, para decidirme a hacer una cosa, necesito que alguien me lo mande.

CARLOTA. ¿De modo que también a usted le gusta la dinámica?

RICARDO. Sí, señora.

CARLOTA. Y ¿por qué no le enseña a usted su padre?

RICARDO. Porque... no tiene tiempo.

CARLOTA. Es verdad. Mirándole. Le falta a usted un botón en el chaleco. ¿Lo ha perdido usted?

RICARDO. No, señora. Sacándole. Aquí está.

CARLOTA. Déjeme usted que se le cosa. Saca del bolsillo un preñado de agujas y un devanador de hueso. ¿Se ríe usted de mi bolsa? Aquí hay de todo. Cose el botón mientras habla. Hilo, agujas, tijeras, cuaderno de apuntaciones, tafetán para heridas. Cortando la hebra. ¡Ajajá!

RICARDO. Muy cortado. Muchas gracias, señora.

CARLOTA. ¿Me va usted a llamar señora siempre?

RICARDO. ¿Cómo quiere usted que la llame?

CARLOTA. Por mi nombre, Carlota... porque madre, ya comprendo que no.

RICARDO. Claro, es usted muy joven.

CARLOTA. No es por eso.

RICARDO. Animándose. Bueno, pues Carlota, y muchas gracias... Pero, entonces Lanzándose. tendrá usted que llamarme de tú.

CARLOTA. No hay inconveniente. Le alarga la mano. ¿Amigos?

RICARDO. ¡Ya lo creo!

CARLOTA. Pues entonces, mientras sacan la sopa, mira a la...

botto de pulsera. que falta un cuarto de hora, me vas a ayudar, ¿quieres? Coge la mesa por ese lado; así. Cogen la mesa cada uno de un extremo. La vamos a poner junto al balcón, porque es inverosímil que una mesa para trabajar esté en el rincón más obscuro del cuarto. Al levantar la mesa. ¡Jesús, cuánta pelusa! Habrá que barrer en cuanto comamos.

RICARDO. Sin soltar la mesa. ¿Pero quiere usted arreglar la casa?

CARLOTA. Claro.

RICARDO. No podrá usted.

CARLOTA. ¿Por qué no?

RICARDO. Porque no tiene arreglo.

CARLOTA. ¡Ja, ja, ja! ¡Ave María!

RICARDO. Sí, sí, ríase usted. ¿Usted la ha recorrido ya toda?

CARLOTA. Casi, casi.

RICARDO. ¿Y ha encontrado usted en ella un solo rincón donde le dé a usted gana de sentarse a pensar en sus cosas? ¿No le parece a usted que en todas partes está uno a la intemperie? Yo, la verdad, a gusto, lo que se dice a gusto, no estoy más que de noche, que me acuesto y meto la cabeza debajo de la sábana.

CARLOTA. ¡Ja, ja, ja!

RICARDO. ¡Se ríe usted de mí!

CARLOTA. No, por cierto. Descuelga los visillos, que están sucios; abre el balcón para que salga el polvo que hemos levantado... Voy a buscar una rodilla. Coge los paquetes y la mantilla. De paso me llevaré todo esto. Vuelvo a escape.

RICARDO. Mirándola salir. ¡Será posible que haya entrado en casa una mujer que ponga las cosas en su sitio! ~~Empieza a quitar las cosas~~

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el primero; pero todos los muebles están en orden y esmeradamente limpios; en los balcones hay cortinas de cretona blanca con cenefas de flores; visillos blancos en varillas doradas; una alfombrita, también de fondo claro con dibujo de rosas, delante del sofá; en la mesa, los libros y papeles en orden, y un jarro de cristal con agua muy clara y un manojo de rosas muy grandes; en el balcón, jaula dorada con canario.

Están en escena DONA GENOVEVA, LAURA, GLORIA y RICARDO. DONA GENOVEVA y GLORIA, muy acaloradas, discuten con RICARDO, que se acalora también un poco. LAURA, sentada en un sillón, calla con un aire que quiere parecer enigmático.

GENOVEVA. ¡Sí, hijo, defiéndela, defiéndela!

RICARDO. No la defiendo; la compadezco.

GLORIA. Se comprende, ¡como es tan desdichada!

GENOVEVA. Pues no sé qué le va a pedir a la vida. ¿Cuándo se iba ella a imaginar, ¡ni en sueños!, la suerte que ahora tiene? ¡Digo! Una mujer ordinaria, porque ordinaria no me negarás que lo es, hijo mío, convertida en señora, en una casa fina, con un marido, ¡ay hombres!, que se le cae la baba por ella, vistiendo como una princesa, mandando a qué quiere

boca; si necesita más, que avise y se le traerá un negro para que le dé aire con un abanico.

RICARDO. Me parece que bien ganada tiene la poca comodidad que ahora disfruta.

GLORIA. Ya, porque ha sido una mujer excepcional, heroica.

GENOVEVA. Sí, hija mía, sí... una mujer que ha luchado por la vida. Mira tú qué pronto dejó de luchar en cuanto encontró un bendito que trabajase para ella. ¡Y que ha tardado mucho en mandar a paseo el escritorio! Como que a todos nos sabe muy sabrosa la sopa boba.

RICARDO. ¿Iba mi padre a consentir que su mujer siguiera trabajando?

GENOVEVA. Claro que no.

RICARDO. Además, que bastante que hacer tiene en casa...

GLORIA. Sí, con no dejarnos vivir en paz a nadie.

GENOVEVA. Calla, niña, calla; ¿qué entiendes tú de eso? Es mucha verdad, que hacer no le faltan; como que ha nacido para fregatriz y se da por el gusto. Siempre anda remangada la pobre, quitando el polvo a algo o poniendo los trastos en fila; todos sus ideales los puso en el plumero.

RICARDO. En el plumero, y en la aguja, y en el cepillo, y en el hacer las cosas como Dios manda. Es el primer verano que no hay chinches en casa.

GLORIA. Se habrán muerto de gusto...

GENOVEVA. Déjale, niña, déjale; si es muy natural su entusiasmo; desde que ella es el ama, en esta casa lo primerito son los hombres: que si el cuello, que si los puños, que sacarles raya a los pantalones un día sí y otro también, que si las pecheras no tienen que estar blandas ni duras, que el café después de comer, que el cigarrito después del café, que el bisté echando sangre, que la toalla limpia todos los días, que jabón especial para afeitarse, que si trescientas veces entra el caballero en su cuarto, trescientas veces hay que ir a ver si gastó el agua del lavabo para ponerle otra.

GLORIA. Así andan detrás de ella éste y mi padre, que parece que tiene liga.

GENOVEVA. Hay mujeres que nacen para esclavas.

RICARDO. Y hay otras que nacen para...

GENOVEVA. Acaba, hijo, acaba; insúltanos si te parece.

GLORIA. Así paga el cariño que le tenemos.

GENOVEVA. Le querrá más ella.

RICARDO. No sé quién me querrá más o menos; pero obras son amores.

GENOVEVA. ¿Tú sabes lo que seríamos nosotras capaces de hacer por ti?

RICARDO. Dar la vida, ¿verdad?

GENOVEVA. Es muy posible.

RICARDO. Pues como ahora no estoy en peligro de muerte, prefiero que me demuestren el cariño teniéndome la comida a tiempo y la ropa limpia. Buenas tardes. Sale.

GLORIA. Muy buenas.

GENOVEVA. ¡Ay, qué materialistas son los hombres, y cómo les entienden el flaco ciertas mujeres!

LAURA. Levantándose. Y vosotras qué ganas de sofocaros discutiendo en balde...

GLORIA. No parece sino que a ti no te interesa lo mismo que a nosotras.

GENOVEVA. Con mucha calma tomas hoy tú las cosas.

LAURA. Es que yo no soy como vosotras, que toda la fuerza se os va por la boca. Yo he tomado mi resolución, ¿y para qué necesito dar voces?

GLORIA. ¿Resolución? ¿Qué vas a hacer?

LAURA. Ya lo veréis.

GENOVEVA. ¿No tienes confianza en nosotras?

LAURA. No me comprenderíais.

GENOVEVA. Niña, ¿no habrás pensado ninguna locura?

LAURA. ¿Quién sabe? Vosotras mucho hablar a escondidas y mucho poner malas caras; pero el caso es que la sufrís y que la que manda es ella y no se hace más que su gusto; yo me callo y me entiendo, como dices tú, tía Genoveva.

GLORIA. ¿Dónde vas?

LAURA. A tomar el aire, que me habéis puesto la cabeza loca a fuerza de palabrería. Sale.

GENOVEVA. Esta niña me asusta. Con mucha calma.

GLORIA. ¿Sabes lo que te digo? Que tiene razón. Dos me-

ses llevamos así y no hemos ganado ni una línea; nosotros a darle disgustos, y ella a no querérselos tomar; ella gana, porque nosotras somos las que nos consumimos... y ella está cada día más oronda. Tiene razón Laura: hay que hacer una que sea sonada.

GENOVEVA. La procesión irá por dentro, hija mía. Me ha dicho la Engracia que ayer, en la cocina, tenía los ojos de llorar. Ahí viene tu padre.

Entra DON FÉLIX, pero pensando como siempre en sus cosas, no las ve al entrar y se dirige hacia la mesa.

GLORIA. ¡Hola, papá!

GENOVEVA. Buenos días, Félix, aunque tú no quieras.

DON FÉLIX. Ah, ¿pero estáis aquí? ¿No vas tú a clase?

GLORIA. Papá: si es verano.

DON FÉLIX. Verdad... las imperiosas vacaciones... Como para mí todas las estaciones son la misma.

GENOVEVA. Y en todas ellas vives en los Campos Elíseos.

DON FÉLIX. ¿Eh?

GENOVEVA. Que en todas eres igualmente feliz.

DON FÉLIX. A Dios gracias, no me va mal del todo.

GLORIA. Dichoso tú.

DON FÉLIX. ¡Ah, pero vosotras no lo sois! Con un poco de mal humor, viendo venir la escena.

GENOVEVA. ¿Qué significamos nosotras, ni qué importancia tiene nuestra suerte, hija mía?... No lo somos, no, Félix; no lo soy yo, que represento para ti bien poco; no lo son tus hijas, que debieran importarte más que nada en el mundo; pero los hombres, en cuanto hay de por medio ciertas concupiscencias, ¡tú me entiendes! Ya prescindo de los sentimientos, aunque son lo más noble de la vida. ¡Bien lo sabía aquella santa que no vivió más que para adorarte!

GLORIA. ¡Pobre mamá!

DON FÉLIX. ¡Otra vez!

GENOVEVA. De la abundancia del corazón habla la boca, Félix; pero dejemos esto: flaquezas de mujeres; basta con lo otro.

DON FÉLIX. ¿Y qué es lo otro?

GENOVEVA. No te disgustes: lo otro es que yo he vivido trece años en tu casa, cuidándola como si fuera mía, y ahora

soy en ella, como vulgarmente se dice, la última palabra del credo. Nada se me consulta, para nada se pide mi opinión, todo se hace sin contar conmigo.

DON FÉLIX. Pues ¿no decías siempre que estabas hasta el moño de la casa, y de mí, y de las niñas; que te sacrificabas por nosotros; que descuidabas todas tus relaciones; que no tenías tiempo ni para rascarte?

GENOVEVA. No tengo tan fea costumbre.

DON FÉLIX. ¡Bueno, pues ni para ir al sermón!

GENOVEVA. ¡Siempre voltariano!

DON FÉLIX. Ahora debieras estar contenta; ya no tienes nada que hacer.

GENOVEVA. Es verdad; nada que hacer; por lo cual bien haría en marcharme, y si no fuera mirando que estas niñas necesitan mi amparo moral, hace mucho tiempo que te verías libre de mi odiosa presencia.

DON FÉLIX. ¿Odiosa?

GENOVEVA. ¡Naturalmente, odiosa! ¡Soy el remordimiento vivo! Pero me iré, me iré.

GLORIA. Llorando. ¡Ay, tía Genoveva, por Dios, no nos desampares!

GENOVEVA. ¡Hija de mi vida! Se abrazan llorando.

DON FÉLIX. Muy apurado y sin comprender la farsa. Pero ¿queréis decirme?... Pero, niña... pero, Genoveva, ¿dónde te vas a ir?

GENOVEVA. A cualquier parte. Nueve duros de orfandad me dejó mi padre, que esté en gloria. No es mucho; pero como las mujeres no somos, a Dios gracias, como vosotros, que necesitáis un caudal para vicios, viviré pobre, pero honrada y feliz.

DON FÉLIX. ¡Genoveva!

Ella, sin dignarse atenderle, sale.

GLORIA. ¡Y no se irá ella sola; eso te lo aseguro! Tus hijas no han nacido para esclavas de nadie. Laurita ya ha tomado una resolución; yo tomaré otra, y os quedaréis muy anchos.

DON FÉLIX. Hija de mi alma... Pero con lo felices que me parece a mí que podíamos ser todos a un tiempo... Cogiéndola, muy angustiado. Dime la verdad... Tu tía Genoveva exagera un poco... Yo ya quiero como siempre... más que nunca... ¿Neces-

sitáis algo? Ahora que me acuerdo sacando la cartera. toma, hija mía, toma. Le da dos billetes de cinco duros. Este para ti y éste para tu hermana...

GLORIA. ¿Con dinero quieres sobornarnos?

DON FÉLIX. No, hija, no... es que, verás... Carlota me ha dicho esta mañana que os debía dar una cantidad a cada una... fija... todos los meses... Dice que para alfileres... A mí no se me había ocurrido... ¿Te parece que tendréis bastante con cinco duros cada una?

GLORIA. ¡Como a la criada!

DON FÉLIX. Pero, hija, si dice ella que es para evitaros la molestia de tener que pedir para esas pequeñeces de mujer...

GLORIA. ¡Pues le puedes decir a ella que no nos hace falta limosna de nadie!

DON FÉLIX. Con desolación, disponiéndose a guardar el dinero. ¿No lo quieres?

GLORIA. Arrebatándole los billetes. ¡Sí, trae! Por no hacerte un desprecio. ¡Válgame Dios, qué cosas tiene una que sufrir en este mundo! Sale llorando, a tiempo que entra CARLOTA, que se queda en silencio un momento, mirándola salir.

DON FÉLIX. ¡Ya lo ves!

CARLOTA. Ya lo veo. ¡Sí que se ponen fastidiositas las niñas... y la que no es niña!

DON FÉLIX. Me tienen afligido, hija, desconcertado... Ni trabajar me dejan; no hay día sin escena... Ahora les ha dado por llorar, ya ves tú... Yo no puedo ver lágrimas... Esto no puede seguir así...

CARLOTA. Como si hablase consigo misma. Es verdad, esto no puede seguir así.

Pausa: ella está en pie, junto a la mesa, con una mano apoyada en el tablero, mientras que con la otra se sostiene la cara: él se ha levantado y pasea de un lado para otro.

DON FÉLIX. De repente, acercándose. ¡Se me ocurre una idea... Sí, verás. Frotándose las manos, muy satisfecho. Todo puede arreglarse. Ella le mira con un poco de asombro. Por lo visto, lo que a ellas les molesta es que tú seas el ama de la casa. ¿No es eso?

CARLOTA. Así parece.

DON FÉLIX. Con lo bien ordenado que está todo... En fin...

ellas sabrán... Bueno, pues les dejamos la casa y el gobierno, y nosotros, tú y yo, nos vamos a vivir en santa calma al cuartito que tú tenías antes... Con eso ellas contentas y nosotros en paz. *Mirándola con inquietud.* Digo... si te parece bien.

CARLOTA. Me parece muy mal.

DON FÉLIX. *Añigiéndose.* ¡Muy mal!

CARLOTA. No puede ser. Aun suponiendo que pudieras sostener dos casas, no tenemos derecho, por evitarnos la molestia de unas cuantas escenas, a abandonar así a unas criaturas que están en la peor edad para quedarse solas.

DON FÉLIX. Mujer... *Institiendo ya tímidamente, porque está convencido antes de que ella le responda.* Abandonarlas, no... Se quedaba con ellas su tía Genoveva y yo vendría a verlas casi todos los días.

CARLOTA. ¡Imposible! No hay que pensar en eso.

DON FÉLIX. *Completamente aplastado.* ¡Pues, entonces, no sé qué vamos a hacer!

CARLOTA. *Después de una ligera pausa.* ¿Tú tienes confianza en mí, pero confianza completa?

DON FÉLIX. Más que en mí mismo.

CARLOTA. ¿Estás dispuesto a sostenerme en todo lo que haga?

DON FÉLIX. ¿Qué falta te hace a ti que nadie te sostenga?... Pero, sí, en todo, en todo.

CARLOTA. ¡Pues, entonces, se acabaron las contemplaciones!... sobre que el ser amable da tan mal resultado.

DON FÉLIX. ¿Qué vas a hacer?

CARLOTA. Lo que debí haber hecho desde el primer día: mandar de veras. Te aseguro que en veinticuatro horas se resuelven todos los conflictos. *Suena un timbre.* Han llamado.

DON FÉLIX. Será Patricio, el socio... es decir, socio precisamente... bueno, el que me administra esas cosillas.

CARLOTA. ¡Ah, el socio!... A tiempo viene. Por ahí van a empezar las buenas obras. Déjame con él.

DON FÉLIX. Pero, ¿qué tiene que ver el pobre hombre?...

CARLOTA. ¿Tienes confianza en mí o no la tienes?

DON FÉLIX. Absoluta, absoluta, ya me voy... Pero luego me explicarás...

CARLOTA. Abriéndole la puerta y obligándole a salir. Descuida. Cierra la puerta, se vuelve y pasea un momento por la habitación hasta que en la otra puerta aparece PATRICIO.

PATRICIO. ¿Se puede?

CARLOTA. Adelante.

PATRICIO. Buenos días, señora.

CARLOTA. Muy buenos días.

PATRICIO. ¿Está en casa don Félix?

CARLOTA. Estoy yo, que es lo mismo.

PATRICIO. Señora... no lo sé.

CARLOTA. ¿Usted vendrá a traer dinero?

PATRICIO. No, señora... no.

CARLOTA. Usted perdone... Tenía yo idea de haberle oído hablar a mi marido... siéntese usted... de unas liquidaciones... pero, ya comprendo... tendrán ustedes la costumbre de ajustar cuentas a fecha fija... a primeros de mes, por ejemplo.

PATRICIO. Precisamente... sí, señora.

CARLOTA. Cambiando de tono. ¿De modo que usted lleva la contabilidad en este negocio?

PATRICIO. Sí, señora.

CARLOTA. Y, además, hace usted los pagos y los cobros.

PATRICIO. Sí, señora, sí...

CARLOTA. ¿Y está usted encargado del taller de construcción y de correr los... cachivaches? Muchos oficios son para una persona sola.

PATRICIO. Ya ve usted, hay que ganar la vida, y aunque me esté mal el decirlo, puedo con todos.

CARLOTA. Pero ¿se verá usted muy atareado?

PATRICIO. Regular; sí, señora.

CARLOTA. Ya... ¡Por eso va usted tan a menudo en coche!

PATRICIO. ¿Qué quiere usted decir?

CARLOTA. No se ofenda usted... nada... Que he reparado en eso, en que usted anda siempre en coche, y mi marido a pie, y como yo soy muy... socialista, me parece mejor que de aquí en adelante vayamos todos en tranvía.

PATRICIO. ¡Señora!

CARLOTA. No se asuste usted, si es muy fácil... todo se arregla con la división del trabajo. Usted «oficialmente» se lleva el cinquenta por ciento de las utilidades.

PATRICIO. Oficialmente y efectivamente, ¿qué se figura usted?

CARLOTA. Nada, ¿qué quiere usted que me figure? Que trabaje usted demasiado por tan poco dinero.

PATRICIO. No se preocupe usted por mí.

CARLOTA. Soy muy caritativa, y no lo puedo remediar, amigo.

PATRICIO. Es decir, que...

CARLOTA. Es decir, que desde ahora voy yo a echar una mano a las obligaciones: usted sigue encargado del taller, y yo iré allá los sábados a pagar los jornales; usted corre los aparatos, y yo llevo la contabilidad; usted hace los cobros, y yo los pagos, porque todas las cuentas me las manda usted a casa... o lo que es lo mismo: que este banquito va a tener tres patas: inventor, corredor y administrador.

PATRICIO. Eso será si a mí me conviene.

CARLOTA. Naturalmente, y sentiría mucho que no le conviniere a usted, porque no hay otro medio.

PATRICIO. Eso es decirme que aquí estoy yo de más.

CARLOTA. ¡Quia, no, señor; si es usted un hombre muy útil! Lo... y muy útil!

PATRICIO. Tantas gracias.

CARLOTA. No hay de qué. ¿Hace, o no hace?

PATRICIO. Con mal humor. ¡Estos no son asuntos para señoras!

CARLOTA. Ay, amigo, va en gustos: ¡tengo yo una pasión por la partida doble! De modo que esta tarde me trae usted aquí el libro de Caja, y el Mayor, y el Diario, o los que haya, y si no hay ninguno, que no me asombraría, todos los papelotes que usted tenga, y verá usted la maña que me doy para abrir una contabilidad...

CRIADA. Entrando. Señora, que está ahí el señorito Pepe.

CARLOTA. ¿El señorito Pepe? Con un poco de asombro.

CRIADA.—Sí; el novio de la señorita. Dice que quiere hablar con usted sin remedio, y que trae mucha prisa.

CARLOTA. Bien, que pase. A Patricio. Puede usted entrar, si quiere, a ver a mi marido.

PATRICIO. De mal humor. No, señora... no hace falta.

CARLOTA. Eso creo; yo me entiendo con él, y usted conmigo, y así andarán las cuentas más claras.

PATRICIO. No sé qué negocio ya a ser éste con tantos laberintos.

CARLOTA. A PEPE, que está ya en la puerta. Pase usted, pase. A Patricio. No se apure usted, que si nos arruinamos, nos arruinamos juntos, y siempre es un consuelo. Despidiéndole. Hasta la tarde.

PATRICIO. Cogiendo el sombrero, que al entrar ha dejado en una silla. Adios. ¡Las faldas no son buenas para nada en el mundo!

Sale.

CARLOTA. A PEPE. Usted dirá.

PEPE. Señora... Muy apurado. Usted perdone... yo... usted ya me conoce...

CARLOTA. Sí, sí; pero ¿qué pasa? Tranquílicese usted.

PEPE. Yo... la verdad... no tengo derecho a venir así aquí... pero las circunstancias... No es que suceda nada malo... Yo he sido un descortés con usted...

CARLOTA. ¿Conmigo?

PEPE. Sí, señora... Usted puede que no se acuerde, por más que de estas cosas siempre se suele acordar uno...

CARLOTA. No sé...

PEPE. Sí, el primer día que usted... hace dos meses... subía usted por la escalera... yo bajaba... y, usted me lo perdone, ¡no la saludé a usted!

CARLOTA. Todo sea por Dios... ¿Es eso lo que trae a usted tan desazonado?

PEPE. No, señora; es decir... no sé cómo decírselo a usted... Yo quiero mucho a Laura... no crea usted que soy un estúpido... soy un hombre decente y estoy resuelto, sí, señora, a casarme con ella... para Octubre... o antes, si es necesario.

CARLOTA. ¿Cómo si es necesario? ¿Qué ha ocurrido?

PEPE. Eso es lo que vengo a decirle a usted... Pero no se moleste usted con Laura.

CARLOTA. ¿Con Laura? A ver qué es esto. Llamando. ¡Laura, Laura!

PEPE. No, señora; no llame usted... no está en casa...

CARLOTA. ¡Cómo que no está en casa!

PEPE. No, señora. ¡Se ha escapado... conmigo!

CARLOTA. Y tiene usted el valor de venir a decirme lo.

PEPE. Sí, señora, porque usted es muy buena, muy buena, aunque ella no lo quiera creer... Lo sé yo, sí, señora, y usted va a ser nuestra salvación, es decir, la mía...

CARLOTA. Pero explíquese usted de una vez. ¿Dónde está? ¿Qué han hecho ustedes?

PEPE. Como hacer, nada... no, señora, nada. ¡Se lo juro a usted por la memoria de mi madre!... Estar, está ahí, en el café, dos calles más arriba, esperándome, para que acabemos de fugarnos... Y por eso he venido a suplicarle a usted, sí, señora, que vayan ustedes ¡a sorprendernos!

CARLOTA. ¿A sorprender?...

PEPE. Sí, señora, a nosotros, para que no nos podamos escapar.

CARLOTA. Pero esto no tiene pies ni cabeza. ¿A quién se le ocurre sacar a una muchach decente de su casa y luego venir con embajada semejante?

PEPE. No, señora. Si no la he sacado yo; ha sido ella.

CARLOTA. ¡Ella!

PEPE. Yo quería casarme... como todo el mundo, ya se lo he dicho a usted, y a ella también muchísimas veces... para Octubre... como que ya me están haciendo la ropa, y esta tarde estaba yo en la tienda tan tranquilo, y ha llegado ella y me ha hecho salir a la puerta, y entonces me ha dicho que se había escapado de casa porque no podía sufrir a su madrastra, ¡usted perdónel, y que me había venido a buscar para que la robase. ¡Ya ve usted, qué hace un hombre! Yo la he dicho que no, y que volviese aquí, y que era una locura... pero se empeña en que es que no la quiero; ¡bien sabe Dios que más que a mí mismo, y por eso!... Pero cualquiera la convence con lo rabiosa que iba... Total, que la he tenido que decir que sí, y hemos ido al café a determinar adónde nos marchábamos, y he pedido dos bistés con patatas, y la he dicho que fuese comiendo mientras yo iba a mi casa por dinero... y me he venido aquí... Ya sé yo que estas cosas no las hace un hombre; pero usted no sabe cómo la quiero.

CARLOTA. ¡Ja, ja, ja!

PEPE. ¿Se ríe usted de mí?

CARLOTA. No, señor... es nervioso... que me había usted asustado... usted perdone. Es usted un... buen muchacho. ¡Esa chiquilla!

PEPE. Es muy buena también, créalo usted; muy buena y muy sentimental!... Yo me voy, que ya estará impaciente... Pero usted vendrá, ¿no?

CARLOTA. ¡Félix, Félix!...

PEPE. ¿Qué va usted a hacer, señora?... No se lo diga usted a su padre...

CARLOTA. Pues ¿a quién quiere usted que se lo diga?

PEPE. Va a tener un disgusto.

DON FÉLIX. ¿Me llamas? *Entrando.*

CARLOTA. Sí: tengo que decirte una cosa... pero, no te asustes... es una tontería... Aquí está este señor. ¿Le conoces? Es el novio de Laura.

DON FÉLIX. *Alargándole la mano.* Tanto gusto. El otro no se atreve a tocarla.

CARLOTA. Pues... Laura se ha escapado con él.

DON FÉLIX. ¡Eh!

CARLOTA. Y están en un café, dos calles más arriba.

PEPE. Sí, señor... en el café de Europa.

DON FÉLIX. ¡En el café de Europa! *Mirándole.*

CARLOTA. Sí; él está aquí, pero es lo mismo... porque se marcha... y tú con él... es decir, detrás de él. Vas a sorprenderlos y a traértela a casa, después de haberle echado un sermón. A PEPE. Usted puede marcharse tranquilo... y muchas gracias.

PEPE. Señora, yo a usted, ¡no sabe usted lo que se lo agradezco! Yo siempre la he tenido a usted muchísimo aprecio... Usted perdone, y usted también, don Félix... y aunque a usted le parezca mentira, ¡no tengo yo la culpa! *Salta.*

DON FÉLIX. Pero, hija... explicame... ¿qué es esto? ¡No comprendo!...

CARLOTA. Nada... no te apures, que la niña no me puede sufrir, según dice, y que se ha querido marchar de casa, y que, gracias a que ha dado con este infeliz que ha venido a avisarnos...

DON FÉLIX. Pero esto es un escándalo, Carlota; una catástrofe...

CARLOTA. No lo creas: es una chiquillada.

DON FÉLIX. ¿Y qué vamos a hacer?

CARLOTA. Ya te lo he dicho: ir a buscarla.

DON FÉLIX. Pero, ¡y luego!

CARLOTA. Casarlos.

DON FÉLIX. ¿Tú crees que él se querrá casar después de esta locura?

CARLOTA. El es de los que quieren siempre. Aunque volviera de escaparse con otro.

DON FÉLIX. Pero ¡va a ser muy desgraciado!

CARLOTA. Puede que no. Cuando la tenga en casa es muy posible que se decida a coger el palo que le está haciendo a ella tantísima falta... Anda, anda. Empujándole. Aunque está cerca, mejor será que tomes un coche.

DON FÉLIX. ¡Estas hijas van a acabar conmigo! Sale.

CARLOTA. ¡Ay, niñas, niñas!... En fin, alabado sea Dios... una menos.

DONA GENOVEVA ha entrado inmediatamente después de salir el padre, y se encara con Carlota, que no le ha visto entrar.

GENOVEVA. ¡Una menos! Esa frase la desenmascara a usted.

CARLOTA. Ah, vamos. ¿Por dónde ha entrado usted?

GENOVEVA. Por la puerta, naturalmente.

CARLOTA. Detrás de la cual, naturalmente también, estaba usted escuchando.

GENOVEVA. Me parece que tengo derecho a intervenir en los asuntos de mis sobrinas.

CARLOTA. ¡Ojalá hubiera usted intervenido antes, como era su obligación!

GENOVEVA. ¿Qué quiere usted decirme?

CARLOTA. Que si usted, que ha vivido siempre con ellas, las hubiera educado como Dios manda, no se le hubiera ocurrido a ninguna de ellas ir a sacar a un hombre de sus casillas y escaparse con él como una loca a la primer rabieta.

GENOVEVA. De modo que, según usted, tengo yo la culpa de lo que sucede.

CARLOTA. ¡Como no la tenga yo!

GENOVEVA. Ahí duele, sí, señora; usted precisamente; usted, que ha venido a esta casa a turbar la concordia en que siempre vivimos; a robar a unas hijas el amor de su padre; a arrebatarse el corazón de un hombre al recuerdo de su esposa muerta: ¡y por qué medios, Virgen, por qué medios!

CARLOTA. Oiga usted: ¿por qué medios?

GENOVEVA. Por los del materialismo más grosero. Usted me entiende.

CARLOTA. ¡Ja, ja, ja! Por lo visto usted le llama materialismo al agua y al jabón. ¡Ja, ja, ja!

GENOVEVA. No se ría usted. Hay en la vida ideales mucho más altos que hacer que reluzcan las patas de las sillas.

CARLOTA. Ya lo comprendo, ya... teñirse el pelo.

GENOVEVA. ¡Insolente!

CARLOTA. ¡Ja, ja, ja! O darse una manita de yeso a las arrugas.

GENOVEVA. Es usted una vulgaridad que espanta. Temblando de ira.

CARLOTA. Mire usted, doña Genoveva, eso es lo de menos. Usted será muy fina, y yo muy ordinaria; pero ordinaria o fina, lo primero que una mujer tiene que ser en el mundo es eso, mujer. ¿Y sabe usted lo que quiere decir mujer?... Pues quiere decir madre, ni más ni menos.

GENOVEVA. ¿También filosofías?

CARLOTA. No lo sé: verdades. Sí, señora; madre desde que nace hasta que se muere.

GENOVEVA. Eso lo habrá aprendido usted por los muchos hijos que ha tenido.

CARLOTA. Eso lo aprendí teniendo a mi madre en los brazos mientras se me moría, y después... lavándola y vistiéndola como a una criatura para que la llevaran a la tierra. No hacen falta hijos propios para ser madre. ¿No ha reparado usted en que todo el que sufre, aunque tenga cien años, dice: ¡madre mía! Pues la mujer que acude a socorrerle, y también habrá usted reparado en que casi siempre acude una mujer, es la madre que estaba pidiendo.

GENOVEVA. Y usted en esta casa pretende cumplir
ción.

CARLOTA. Porque no ha sabido usted cumplirla.

GENOVEVA. Pues no hay en ella, que yo sepa, hijos desventurados.

CARLOTA. ¡Ay, señora! Empezando por el padre, todos lo son. ¡Si parten el alma de infelices y de desamparados! Todos son buenos como el pan y, sin embargo, todos son capaces de hacer una maldad o una locura, y es porque nadie les ha dicho nunca: ¡Este es vuestro deber!... Ya ve usted la mayor por dónde sale, y no me diga usted que es porque estoy yo aquí hace dos meses; es porque ha estado usted hace muchos años... y parece mentira que tenga una mujer tan poco seso dentro de una cabeza tan rizada después de haber cumplido los cuarenta...

GENOVEVA. Blanca de ira. Los cuarenta, ¿verdad?

CARLOTA. O los cuarenta y cinco; por año más o menos no vamos a reñir...

GENOVEVA. Es usted una... es usted una... es usted una... ¡sirena!

CARLOTA. Y usted una estantigua...

GLORIA. Entrando. ¿Qué es esto, qué pasa?... ¿Por qué gritan ustedes? Tía, ¿qué te pasa?

GENOVEVA. Que esta... señora, o lo que sea, me insulta, me falta al respeto...

CARLOTA. ¿Qué respeto merece una mujer que se avergüenza de sus canas?...

GLORIA. No te aflijas, tía, no te aflijas... Ya sabemos de sobra lo que es...

GENOVEVA. Sí, me afijo, alma mía, y me voy, me voy para siempre de esta casa maldita.

CARLOTA. ¡Ay, no será verdad tanta belleza!...

GENOVEVA. Sí. Por vosotras lo siento, que os quedáis a merced de esta... tarasca; me marchó...

GLORIA. Y yo contigo... Ya se lo he dicho antes a mi padre.

GENOVEVA. Ven, pobre mártir, ven...

CARLOTA. Separándose. Señora: usted se irá donde bien le parezca. Le abre la puerta, y ésta Genoveva sale dignamente. Y tú cogiendo a Gloria por un brazo. tú te quedas aquí, porque yo te lo mando.

GLORIA. Hablaba y tarascando. ¿Tú? ¿Tú me vas a mandar a mí?

CARLOTA. Sí, señora; ¡yo!

GLORIA. ¡No sé con qué derecho!

CARLOTA. Con el del más fuerte, hija mía.

GLORIA. ¿Desde cuándo?

CARLOTA. Desde ahora mismo. Todo llega en el mundo, y esto tenía que llegar... De modo que no te sofoques, no grites, no patalees, porque da lo mismo.

GLORIA. Eso será...

CARLOTA. ¿Qué será Ya está siendo.

GLORIA. ¡Pues no te pones tú pocos moños!

CARLOTA. Mira, hablando de moños, lo primero que vas a hacer es quitarte todos esos que llevas.

GLORIA. ¡Ah! ¿Y por qué?

CARLOTA. Porque son ridículos... Y peinarte como una persona... Andade prisita. La chiquilla no obedeco, y ella se acerca y la despeina. ¿Que no? Pues no faltaba más... ¿Con qué te rizas este pelo infame, que lo tienes hecho una pura lástima? ¡Digo con los bucles!

GLORIA. Como si le arrancasen el alma. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

CARLOTA. Quedándose con los bucles en la mano y llena de asombro. ¡Jesus!... ¡Postizos!... Quitándole el crepé, que le forma un promontorio. Crepe, y ¡naturalmente! caspa. Lo que te hace a ti falta es una jabonadura que me río yo. Verás... Le pasa el pañuelo por la cara y se queda mirando los colores que se quedan en él. ¡Ave María! Negro... azul... encarnado... Pero ¿qué te das en la cara? ¡Habrás visto crimen, con diez y seis años y ese color de rosa que Dios te ha dado! Ahora mismo te vas a lavar, y en la vida vuelvas a darte semejantes potingues. Siéntate aquí. La hace sentar por fuerza en una silla baja, y la peina después de sacudirle el pelo. Pero ¿tú sabes lo que estabas haciendo?

GLORIA. Entre sollozos. Lo que me daba la realísima gana.

CARLOTA. Eso es lo que tenemos que hacer todos; ahora que siempre debemos procurar que nos dé la realísima gana de hacer algo que valga la pena... Ten quieta esa cabeza.

GLORIA. Es que me tiras.

CARLOTA. No te tiro. Con el pelo que tienes, que parece una mata de seda. ¿A qué te das pomada?

GLORIA. Para sacarle lustre.

CARLOTA. Con el cepillo sale. Le hace un moño sencillo y gracioso en la nuca y le pone un lazo. ¡Ay, chiquilla, chiquilla! ¿Tú sabes lo que vale una mujer sin arrumacos? ¡Me río yo de estas presumidas que se dan colorete y se lavan lo que ve la suegra! Vaya un cuellecito. ¡Tú no sabes lo que es el agua fresca corriéndole a uno por todo el cuerpo! El que está limpio tiene medio camino adelantado para ser bueno... y para ser feliz. Terminando. ¡Ajajá! Ahora te debías mirar al espejo.

GLORIA. Pareceré un coco.

CARLOTA. Pareces lo que eres. Una niña que para estar bonita, porque hasta eso tienes, grandísima pécora, no necesita enmendarle a Dios la plana con unturas y pelos postizos. ¡Menuda alegría te va a dar la primera vez que te veas como Dios te ha hecho! ¿Qué te parece a ti que se puede esperar de una mujer que empieza por mentirse a sí misma? Ya ves tú qué preciosa estaría esta rosa. Coge una de las del jarrón. Si se pintara color de remolacha y se pusiera un collarecito de papel de seda. Pues eso estás haciendo tú con la cara, y con lo que no es cara, porque tienes buen corazón y te le pintas de chiquilla rabiosa y descarada; porque sabes que yo te quiero bien, ¡ya lo creo que lo sabes!, y te empeñas en hacerte creer a ti misma que crees que soy una madrastra; porque me quieres tú a mí, sí, me quieres (me querías antes, y no te he hecho nunca nada malo) y te empeñas en convencerte de que me tienes odio. ¡Ay, chiquilla, chiquilla, el día en que te laves el corazón como te vas a lavar la cara!... ¿Bajas los ojos? Haces bien. Será que estás mirando hacia dentro, y en cuanto mires cinco minutos con buena voluntad, ya verás lo que encuentras. Gloria se echa a llorar. Pero no llores.

Se oye ruido fuera, y entran DON FÉLIX, LAURA, PEPE y RICARDO. LAURA viene llorando como una Magdalena. Después de una pausa, en que todos se miran y callan y las dos niñas lloran cada una por su lado.

DON FÉLIX. Con resignación. Ya estamos aquí.

CARLOTA. Acercándose a Laura y quitándole el pañuelo de los ojos, muy serenamente. ¿Te has marchado porque no me podías sufrir? ¿Qué daño te he hecho yo, criatura?

LAURA. Muy romántica. ¡Soy una mala mujer!... ¡Soy una mala mujer!

CARLOTA. ¡Ave María! Eres una chiquilla loca, eso sí, muy loca y muy consentida; pero eso tiene arreglo...

LAURA. ¡Quién me va a querer ahora a mí!

CARLOTA. Sonriendo a Pepe. A eso conteste usted.

PEPE. Yo te quiero siempre; de sobra lo sabes.

LAURA. No, no... qué pensarás de mí...

¡Y este infeliz que me ha encontrado en la escalera! No me puede querer nadie, nadie.

RICARDO. Te queremos todos; no digas tonterías.

LAURA. Abrazando a su padre. ¡Ay, padre de mi alma!

DON FÉLIX. Vamos, hija, vamos...; tranquilízate, que no es para tanto...

LAURA. ¡Ay, madrecita mía!

CARLOTA. A esa suavemente. sí que debes pedirle perdón, porque te has estado valiendo de su nombre para cometer una injusticia.

LAURA. ¡Ay, Carlota, Carlota! Abrazándola también.

CARLOTA. ¡Ea, cálmate!... Anda a refrescarte esa cara... Luego hablaremos volviéndose a Pepe y con usted también.

PEPE. Sí, señora...; luego vendrá mi padre, para que se entiendan ustedes... Digo yo, que si nos habíamos de casar para Octubre y ya va a entrar Agosto, lo mismo dará para Septiembre. Acercándose a Laura y cogiéndole la mano. Adiós, Laura. Hasta luego.

LAURA. ¡Perdóname, perdóname!

PEPE. Tonta. Casi llorando. ¡No te afijas tú! Buenas tardes... Sale.

CARLOTA. Mirándola salir. ¡Dios te bendiga!... A Laura. ¡Y a ver si aprendes a portarte con él como es debido!...

LAURA. Sí, sí. Abrazando a su hermana. ¡No seas como yo, Gloria; no seas como yo!

CARLOTA. No, por cierto...; eso ya de mi cuenta, porque ahora ya somos amigas, ¿no?

GLORIA. Muy confusa. Sí...

DON FÉLIX. ¡Alabado sea Dios!... Mirad, hijas..., yo quisiera decir... Le interrumpe la entrada de doña GENOVEVA, muy puesta de sombrero y abrigo, con un cabás en la mano y el aire más digno que cabe en reina deshonrada.

RICARDO. Tía, ¿vas de viaje?

DON FÉLIX. ¿Qué es eso, Genoveva?

GENOVEVA. Esto es, Félix, que abandono para siempre tu casa, donde mi dignidad no me permite seguir viviendo.

DON FÉLIX. Pero ¿estás loca, mujer?

GENOVEVA. ¡Loca! *sonríe compasivamente.* Estoy asqueada de lo que aquí sucede. Tú... y tu hijo... yo me entiendo y vosotros me entendéis, habéis hecho un ídolo de una mujer indigna.

DON FÉLIX. ¡Te prohibo que...!

CARLOTA. *Deteniéndole.* Calla...

GENOVEVA. No le detenga usted, que no se pierde. Habéis hecho un ídolo de tu segunda esposa, y estáis sacrificando a estas pobres víctimas...

GLORIA. Tía...

LAURA. Vamos, tía...

GENOVEVA. Niñas son y no pueden defenderse. Yo, que ya no lo soy a Carlota con ironía, no lo olvido, señora, no quiero ni sacrificar con el sexo fuerte *Mirando a los hombres,* ni con el débil *Mirando a las niñas.* ser sacrificada, y huyo; es decir, me retiro. Mi baúl queda hecho. Que me lo envíen, si usted, que es tan buena ama de casa, se sirve disponerlo, a las señas que quedan indicadas en su etiqueta...

DON FÉLIX. Pero ¿dónde vas? *Con lástima.*

GENOVEVA. No te preocupes; amigos no me faltan, y la amistad recoge lo que la ingratitud de la familia arroja. Adiós, Félix; estás alucinado... Adiós, Ricardo, tú también... Adiós, niñas, ya veo que lloráis. Adiós... señora, goce usted en su triunfo. Buenas tardes.

CARLOTA. Muy buenas. *Secamente.*

GLORIA. Pero tía...

GENOVEVA. Es inútil. ¡Finis coronat opus! *Salte.*

DON FÉLIX. ¡Válgame Dios!

LAURA. Pobre tía.

RICARDO. Está chiflada...; pero es buena...

GLORIA. Y nos quiere.

DON FÉLIX. ¿Dónde va a ir?... ¿Cómo va a vivir, si no tiene más que nueve duros?...

CARLOTA. Ya vendrá, con mucha dignidad, a pedirte lo que le haga falta, no te apures... y tú se lo darás muy contento por

verte libre de ella... Esto es lo que se llama un día aprovechado. Ea, ea, cada uno a lo suyo, que todos tenemos algo que hacer. A gloria. Tú acompaña a tu hermana, y pónala ahora que has aprendido, que con tanta tragedia se le sale el crepé de entre los rizos y es una compasión... Las niñas salen. Y tú, maridito, a trabajar en paz y en gracia de Dios, que de aquí en adelante no tendrás ruido en casa, y las mareas te están esperando.

DON FÉLIX. Tienes razón, tienes razón, mujer admirable...
Sale.

CARLOTA. Y yo voy a dar una vuelta por la cocina, que se me ha ocurrido un plato de dulce...

RICARDO. ¿A mí no me manda usted nada? Ya se ve que soy el más inútil o el más dejado de la mano de Dios...

CARLOTA. Anda éste; tú eres lo mejor de la casa, chiquillo; por eso no te mando nunca, porque sé que siempre haces lo que debes.

RICARDO. Ojalá.

CARLOTA. Pero ya que te has quedado aquí de final de ramillete, sí que te diré unas cuantas cosillas.

RICARDO. ¿Me va usted a reñir?

CARLOTA. Al contrario, a darte qué sé yo cuántas gracias...

RICARDO. ¡Usted a mí!

CARLOTA. Por supuesto... Aunque parezca lo contrario, porque yo tengo este genio así y todo el mundo cree que se me pasea el alma por el cuerpo, he sufrido lo m'ó desde que estoy aquí...

RICARDO. Claro que sí. Con entusiasmo. Como que todos se han portado muy mal con usted.

CARLOTA. No sólo por eso. Lo que hacen los de fuera importa poco. Lo malo de verdad son los reconcomios que pueda una tener por dentro... pensando en si lo que hace una, aunque a una le parezca bien hecho, estará bien de veras o estará mal.

RICARDO. ¡Si usted no pueda hacer nada malo!

CARLOTA. ¡Flate tú de la Virgen y no corras! Sí puedo, sí, y lo hago como todo el mundo, unas veces queriendo y otras sin querer... Mientras sea queriendo, menos mal, porque nunca llega uno a mucho; pero ya ves tú aquí; decía yo, pueda

que tengan razón las niñas y doña Genoveva, y que yo no tenga derecho a disponer en una casa donde, después de todo, hasta que yo he venido se han pasado sin mí tan ricamente; y todo eso del arreglo y del orden, que a mí, porque me gusta, me parece lo más importante, no lo sea ni mucho ni poco, y que, además, para lo que vamos a vivir en el mundo, pueda que lo mejor sea que cada uno se arregle las cosas o se las desarregle como le dé la gana. Laberintos, hijo, como dice tu padre, que para cuatro pasos que da uno desde que nace hasta que se muere, siempre necesita uno palito en que apoyarse... y por eso te tengo que dar las gracias... porque para mí ahora el palito has sido tú...

RICARDO. ¿Yo! ¿Cómo?

CARLOTA. Ah! verás tú. Yo decía: ¿si lo que hago yo le pareciese bien a otra persona!... A tu padre le parece de perlas; pero ese no entra en cuenta, porque es mi marido, y me quiere, pero tú eres tan hijo de tu madre como tus hermanas, y no tienes motivo para quererme, y no me conocías más que de vista... y, a pesar de todo, me has defendido siempre. ¡Dios te lo pague, que yo no lo he de olvidar, aunque viva ochenta años! De todas las rabieta me ha consolado verte tan satisfecho, y siempre que acababa de hacer alguna un poco gorda, te miraba a la cara para tranquilidad de mi conciencia. ¡Hijo, no sabes el bien que me has hecho!... Pero ¿qué te pasa? ¿Qué cara es esa que pones ahora?... ¿Te has disgustado?... Mirame... ¿Llorando? ¿Estás llorando? Virgen santa, ¿qué te he hecho yo, Ricardo? ¿Por qué lloras?

Ricardo solloza desesperadamente y ella se acerca a acariciarle.

RICARDO. Déjeme usted, déjeme usted...

CARLOTA. Pero ¿qué tienes, hijo?

RICARDO. No me llame usted hijo, que no lo merezco.

CARLOTA. ¿Qué has hecho?

RICARDO. No he hecho nada...

CARLOTA. Pues entonces...

RICARDO. ¡Pero soy un cobarde, un canalla, un miserable!

CARLOTA. ¡Ricardo!

RICARDO. ¡Un desdichado, porque la quiero a usted con toda mi alma!

CARLOTA. ¡Jesús! Apartándose.

RICARDO. No se vaya usted ahora, no se vaya usted; ya sé que esta es la traición más negra que el corazón le puede hacer a un hombre. ¡Madre de Cristo, qué villano es uno! Es usted la única mujer imposible que hay para mí en el mundo. ¡Más que si fuera usted mi madre de veras, ya lo sé! Me desprecio, me aborrezco, me escupo a mí mismo; pero yo no tengo la culpa...

CARLOTA. Hijo, por favor... Quiriendo soltarle la mano, pero sin violencia ninguna.

RICARDO. Y más vale que lo sepa usted. ¡Si viera usted qué consuelo tan desesperado me da el que usted lo sepa, y el que me abofetea usted si quiere, y el que me eche usted ahora mismo de casa como a un perro!...

CARLOTA. ¡Ave María! No eres tú nadie declamando, chiquillo. Esforzándose por estar muy serena y tomarlo a broma. Si fuera verdad todo eso que dices, sí que la habíamos hecho buena; suerte que no lo es...

RICARDO. ¿Usted cree que miento?

CARLOTA. Que mientes, no; que te equivocas de puro bueno que eres...

RICARDO. Bueno...

CARLOTA. Pasándole la mano por el pelo. Naturalmente; si no lo creyera a pies juntillas, no estaría a tu lado.

RICARDO. ¡A mi lado puede usted estar segura, porque la respeto a usted como a Dios!

CARLOTA. Por eso digo que no me quieres tanto... es decir, sí me quieres; pero no del modo que tú te figuras, y después de todo, no tiene casi nada de particular; soy la única mujer que se ha ocupado de ti en el mundo para hacerte la vida un poco agradable... No te has enamorado de mí, ¡a Dios gracias!... Te has enamorado de los cuellos planchados y de la ropa limpia y de los pantalones sin rodilleras... Además, que eres un chiquillo mimoso; pero ¡si vieras tú cuántas mujeres hay en el mundo que cosen los botones tan bien como yo, por lo menos, y que son mucho más bonitas! ¡Te está esperando una, no sé dónde, pero estoy segura, con diez y ocho años y una cara de rosa!

RICARDO. Para mí no hay más mujer que usted, que es como decir que no hay ninguna, porque usted...

CARLOTA. Porque yo soy tu madre.

RICARDO. ¡Ya lo sé; por eso mi cariño no es un imposible, es una canallada! Y eso es lo que me quita la vida, porque no me lo puedo arrancar del pensamiento. ¡Madre, lo que puede uno llegar a sufrir!

CARLOTA. Claro, si estás ahí cavilando sin substancia... Mira, hijo..., todo eso son imaginaciones..., ganas que tienes de querer a alguien. ¡Yo me tengo la culpa! Con un poco de rabia.

RICARDO. ¡No, Carlota; usted no!

CARLOTA. ¡Por haberse tratado con demasiado mimo!... ¡Dios nos perdone a todos el mal que hacemos queriendo hacer bien!...

RICARDO. Si no es mal; si para mí no es mal...

CARLOTA. ¿En qué quedamos?

RICARDO. ¡Por toda la alegría del mundo no daba yo esta pena!... Si todavía le tengo a usted que agradecer este tormento. Exaltándose.

CARLOTA. ¡Calla, calla, no digas desatinos!... ¡Ay, si esto se pudiera arreglar con cuatro gritos y una cachetina!

Entra DON FELIX con sus papeles.

DON FÉLIX. Aquí me vengo a trabajar, que está más fresquito; cuando seamos ricos nos haremos una casa de tablas a la orilla del mar... Viendo a Ricardo sentado en el sofá. ¿Qué haces tú ahí tan quieto? ¿Te duele la cabeza? Con este bochorno es natural; mira tu... Carlota, qué sofocada está también.

CARLOTA. Estamos sofocados... los dos, porque tu hijo me ha estado contando sus cuitas...

DON FÉLIX. ¿Cuitas tú?...

CARLOTA. Que se quiere ir a Bélgica a estudiar mecánica.

DON FÉLIX. ¡A Bélgica!

Ricardo pone cara de espanto.

CARLOTA. Naturalmente, a Bélgica, que dice él que es donde enseñan de verdad esas cosas... ¿No te parece bien?

DON FÉLIX. ¿Y a ti?

CARLOTA. A mí, de perlas... El temía que tú no quisieras; pero yo me he encargado de decirte... Se pasa allí un par de años o tres y vuelve hecho un sabio, y se encarga del taller de

construcción, y entonces sí que nos hacemos ricos, como tú dices. A Ricardo. Anda, anda, no pongas esa cara de apuro, que yo te prometo que te vas. Da una vuelta por esas calles, y me traes medio kilo de café recién tostado, ¿lo oyes?

RICARDO. ¡Sí, señora... como usted quiera... todo lo que usted quiera! Sale después de mirarla como espantado, y en la puerta misma vuelve a echarse a llorar.

CARLOTA. Está con esa idea hace qué sé yo el tiempo, y no se atrevía a decírtelo... Además, no tiene pizca de mundo; es un bendito el pobre, y le está haciendo falta salir de estas cuatro paredes... Un poco tendremos que sacrificarnos; pero los hijos son los hijos, ¿no te parece?

DON FÉLIX. Con un poco de adivinación triste; en realidad no sabe de qué. Sí...

CARLOTA. ¿Estás preocupado?

DON FÉLIX. Preocupado, no... Pensando... la una se nos casa... el otro se nos marcha... se nos va a quedar esto vacío.

CARLOTA. Sentiendo. Mientras habla ella él se va serenando rápidamente y acaba por volver a ser feliz en un instante. No lo creas; ellos se van; pero se queda aquí el cariño que nos tienen. Se marchan... para eso son jóvenes; pero aquí han de acudir siempre que necesiten consejo o consuelo, alguien que les enseñe el camino o que lllore con ellos. Déjalos que se vayan al fin del mundo. ¡Bien defendidos van y bien tranquilos, que saben que está aquí la casa de su padre!

DON FÉLIX. Y antes no lo sabían, tienes razón; ¡ni yo tampoco! Parándose a mirarla. Y esa ciencia nos la has dado tú; ese milagro lo has hecho tú, con tu talento, con tu amor, con tu voluntad, con tu gracia, no sé si de mujer o de madre...

CARLOTA. Mujer o madre, da lo mismo.

TELON

Gregorio Martínez Sierra

Viena Repostería Capellanes

Chocolate „Reina Victoria“. — Ricas mantecadas a 0,10. — Pasteles, Dulces, Pastas y Postres. — Pan de Viena, candeal y francés. — Servicio a domicilio. — Jamón en dulce, elaborado procedimiento exclusivo. Vinos gallegos de Rivero y Los Peares a 0,50 y 0,75 la botella.

100 pesetas en tickets de compras dan derecho a una cartilla de 5 pesetas de la Caja Postal de Ahorro.

Mendizábal, 34-Arenal 30-Preciados, 19-Martín de los Heros 33-35
Marqués de Urquijo 19.-San Bernardo, 88.-Alarcón, 11.-Génova, 24.

Teléfonos 1953 - 1937 - 1957 - 1905 y 1868.

ATENCIÓN

Si los vasos capilares no funcionan bien el cabello se seca y se desprende, produciéndose rápidamente la calvicie. Esto se evita estimulando el funcionamiento de dichos vasos, bulbos y glándulas sebáceas, lo que se logra aplicando el agua La Flor de Oro, sin rival para la conservación del cabello. Se vende en las perfumerías y droguerías.

GRAN FARMACIA
de la Viuda de G. López
PLAZA DE ISABEL II, 1
Acreditada especialmente en el despacho de recetas.

¡EUREKA!



Es el mejor calzado
Nicolás M. Rivero 11

Tintura Mora

No tiene rival para teñir el cabello castaño o negro; no daña ni ensucia. - Venta principales perfumerías y droguerías. Depósito: E. Sarra, Ronda San Pedro, 7, Barcelona.

Advertencia

Esta Administración no vende números sueltos. Los lectores que tengan incompletas sus colecciones diríjanse á nuestros Corresponsales.

DOTÚ

SASTRE
Preciados, 42

ELEGANCIA
DISTINCION
ECONOMIA

Preciados, 42

AGUA MINERAL NATURAL PURGANTE

PEÑAGALLO

Pida usted la botella de una dosis.

Manantial en Loeches.

FÁBRICA DE CORBATAS

CAPELLANES, 12 - MADRID - Casa fundada en 1870

Camisas, guantes, pañuelos, géneros de punto.

Elegancia, surtido, economía.
Precio fijo.

COMPAÑY - Fotógrafo - Fuencarral núm. 29

PAPEL DE LA PAPELERA ESPAÑOLA

OXEN

R
8262

Una
Oxo

en un
templada aseguran, al
enjuagarse, dentadura
sana, porque fortale-
ce las encías y evita
las caries.

Vd. lo usará

Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000333711



Creación de la **Perfumería Floralia**

Imprenta y Talleres de «La Novela Corta», Antonio Palomino, 1.— Madrid.